

Trabajo Fin de Grado

Franco murió en la cama y la dictadura en la calle:
los movimientos sociales en la Transición española.

Autor

Jorge Sánchez Gracia

Directora

Carmen Frías Corredor

Facultad de Filosofía y Letras

2017

Resumen

Tras la muerte del dictador Francisco Franco en 1975, España se encuentra sumida en un panorama de inestabilidad entre la continuidad de la dictadura y la presión ejercida por los movimientos sociales en las calles en el periodo conocido como Transición española. La sociedad española había ido cambiando a partir de los resultados del Plan de Estabilización de 1959, pero el régimen no se había adaptado a las nuevas dinámicas sociales, creándose un desequilibrio entre las instituciones y los ciudadanos. La presión ejercida por los distintos movimientos sociales (obrero, estudiantil, vecinal, feminista, etc.) será el detonante que acabará propiciando la caída definitiva de la dictadura y la transición a la democracia entre la muerte del Caudillo en 1975 y la aprobación de la Constitución Española en 1978.

Palabras clave: Plan de Estabilización, Transición, movimientos sociales, dictadura, democracia, demandas, manifestaciones, Constitución.

Abstract

After the death of the dictator Francisco Franco in 1975, Spain was embroiled in an unstable scene between the dictatorship's continuity and the pressure which was being practiced by the social movements in the street during the so-called period of Spanish Transition. The Spanish society had been being changing from the results of the Stabilization Plan of 1959, but the regime had not been adapted to the new social dynamics, so generating an imbalance between institutions and citizens. The pressure practiced by the different social movements (worker, student, neighborhood, feminist, etc.) will be the spark which will end up the definitive dictatorship's fall and the transition to democracy between the Caudillo's death in 1975 and the adoption of the Spanish Constitution in 1978.

Key words: Stabilization Plan, Transition, social movements, dictatorship, democracy, demands, demonstrations, Constitution.

Índice

1. Introducción: objetivos y metodología.....	4
2. Estado de la cuestión.	7
3. El cambio de la sociedad frente al inmovilismo del régimen: 1950-1978.	12
4. La recuperación de la calle por parte de los trabajadores: la conflictividad obrera....	24
5. La nueva generación opositora al régimen: el movimiento estudiantil.....	33
6. Gritos en la escalera: la protesta vecinal.	36
7. Las hijas y nietas de las rebeldes: la lucha feminista.	39
8. Otros tipos de protesta: el movimiento ecologista y antinuclear, la protesta pacífica o antimilitarista, el movimiento gay y el grupo de Minusválidos Unidos.	45
9. Conclusiones.....	48
10. Bibliografía consultada.....	52

“...y pienso que en este país todavía no se les ha hecho un homenaje nacional a aquellos que, aun a costa de jugarse la vida y la libertad, trajeron un hálito de esperanza a esta tierra trágica que vivía en blanco y negro.”¹

(José Antonio Labordeta)

1. Introducción: objetivos y metodología.

No es difícil encontrar la palabra “Transición” en nuestros días. Ya sea en la boca de un político, de un profesor de cualquier campo de estudio, de un familiar que vivió esos años y por tanto fue testigo directo de los acontecimientos sucedidos, en artículos de opinión o en obras académicas.

En la mayoría de casos, el uso del término viene acompañado de una utilización de la importancia histórica del periodo dependiendo de los intereses de aquél que lo ha usado, es frecuente así encontrar una de las dos visiones más utilizadas por la historiografía (aunque sobre esto se ahondará más adelante).

Por un lado, es común la postura que defiende a las élites políticas (franquistas u opositoras) como únicas responsables de la llegada de la democracia; por el otro, la postura defensora de las clases populares traicionadas por esas élites al no escuchar sus demandas y seguir el dictamen del Caudillo incluso después de que éste ya hubiese fallecido.

Decía el profesor Juan Carlos Monedero en 2012 tan sólo 4 días después de la muerte de Manuel Fraga que “La democracia en este país no la trajo Fraga, la democracia en este país la trajo el pueblo en la calle”. El objetivo de este trabajo no es defender esta sentencia (aun con la potencia e importancia que ésta tiene) ni las dos posturas referidas en el párrafo anterior.

De lo que trata este Trabajo de Fin de Grado es de intentar demostrar la importancia de los movimientos sociales activos en la Transición española en las decisiones tomadas entre la muerte de Francisco Franco el 20 de noviembre de 1975 y la aprobación de la Constitución el 6 de diciembre de 1978.

¹ José Antonio LABORDETA: *Banderas rotas. Cuasimemorias*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2001, p. 134.

Esa importancia de los movimientos sociales se puede observar incluso si sólo se presta atención al total de las movilizaciones durante la Transición, llegando incluso a convocar más que los propios partidos políticos en un país que, desde los 60 y sin estar en guerra, tiene las cifras de violencia política más altas de toda Europa (exceptuando Irlanda del Norte)²:

Movilizaciones entre 1973 y 1981 (%)		
Entidad convocatoria	Gobierno de Arias Navarro	Gobierno de Adolfo Suárez
Partidos políticos	29,2	21,8
Movimientos sociales	70,8	78,2

3

Para cumplir dicho objetivo, he estudiado por un lado el contexto político, económico y social de España desde la aprobación del Plan de Estabilización de 1959 debido a su importancia capital por los cambios que trajo a un país cerrado sobre sí mismo que de repente se abría al resto del mundo, conllevando esto la importación de las nuevas tendencias políticas y sociales en boga en América y Europa occidental.

Por otro lado, he analizado la creación de los movimientos sociales y su desarrollo, prestando especial atención a sus momentos clave de cara a los cambios políticos dados entre 1975 y 1978.

Respecto a los movimientos sociales, he dejado fuera del trabajo tanto por un lado los movimientos “ultras” o de derechas por su afiliación política cercana al régimen y por ende la persecución de una continuidad de éste y no de un cambio hacia la

² Ignacio SÁNCHEZ CUENCA y Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: “Violencia política y movilización social en la Transición española” en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (Ed.): *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX: Europa del Sur-América Latina*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009, pp. 95-111.

³ Ramón ADELL: “El estudio del contexto político a través de la protesta colectiva. La transición política en la calle”, en FUNES, M^a Jesús y ADELL, Ramón (eds.): *Movimientos sociales: cambio social y participación*, Colección Varia. UNED, 2003, pp. 77-108.

democracia. Por otro lado, los nacionalismos también se quedan fuera, tanto en sus capas más moderadas como en las más radicales y terroristas, ya que coincido con José Álvarez Junco en negarles la categoría de movimientos sociales por su institucionalización acelerada y sus objetivos, evidentemente políticos.⁴

La metodología seguida para la elaboración de este trabajo sigue las pautas dictadas por la Universidad de Zaragoza respecto a la elaboración de los Trabajos de Fin de Grado. Por tanto, mi método de trabajo ha consistido en una selección de obras (fuentes secundarias tal y como exige el reglamento), su lectura y posterior comprensión para elaborar una tesis a lo largo del presente documento.

Respecto a las obras (aunque se ahonda de forma más profunda en el apartado siguiente) he escogido tanto obras globales de la Historia de España o del periodo de la Transición, como obras dedicadas de forma exclusiva a los movimientos sociales, ya sean movimientos sociales clásicos como el obrero o los catalogados como nuevos movimientos sociales como es el caso del movimiento antinuclear.

Por último, me gustaría volver a recalcar el valor del conflicto social a finales de la dictadura. El historiador Pere Ysàs afirma que para valorarlo hay que tener en cuenta qué tipo de régimen se está estudiando y según él:

«Es fundamental tener presente que la dictadura franquista era absolutamente incompatible con el conflicto social, que afirmaba haber superado [...] e identificaba la ausencia de conflictos con la «paz», [...] casi todo conflicto comportaba la trasgresión de la legalidad, [...] y ello significaba una quiebra del orden franquista y un desafío que cuestionaba directamente al régimen.»⁵

⁴ José ÁLVAREZ JUNCO: “Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista”, en LARAÑA, E. y GUSFIELD, J. (eds.): *Los nuevos movimientos sociales*, CIS, Madrid, 1994, pp. 13-42.

⁵ Pere YSÀS: “La crisis de la dictadura franquista” en MOLINERO, Carme (ed.): *La Transición, treinta años después*, Barcelona, Península. 2006, pp. 27-58.

2. Estado de la cuestión.

La Transición puede abordarse desde distintas perspectivas que ofrecen un crisol de visiones del periodo: desde aquellos puntos de vista más “clásicos” historiográficamente hablando, prestando atención exclusivamente al papel de las élites o a los cambios económicos que derivan en cambios sociales bajo un enfoque marxista; a aquellas visiones más actuales que apuestan por enfocar el estudio del periodo bajo nuevos enfoques (culturales, desde un campo científico que no sea la Historia, etc.).

Asimismo, ya en los 80 aparece una visión idealizadora de la Transición que alaba la voluntad de los líderes franquistas y antifranquistas para llegar al acuerdo de la democracia, llegando algunos autores a ofrecer esta parte de la historia de España como referencia hacia otros países. Frente a esta postura, es muy común también la visión crítica que aborda ese acuerdo desde la izquierda o desde los movimientos de recuperación de la memoria histórica, viendo ese acuerdo como una traición por parte de los líderes de la oposición democrática, derivando esto en un favorecimiento a los herederos del régimen y en las carencias de la democracia actual.

Hay que destacar por otro lado que, tal y como señala el profesor Gonzalo Pasamar, no ha habido una historia dominante u oficial de la Transición y que además coincide con esa visión idealizadora señalada en el párrafo anterior. Según él, los historiadores abordaron el tema bajo una multiplicidad de causas y factores que guiaron un periodo en el que nada estaba escrito, señalando así los logros del periodo. Por tanto, según él la historiografía no ha favorecido a esos clichés⁶.

Por otro lado, otro de los puntos a discutir tras la llegada de la democracia a España era si la Transición era hija de una ruptura con el régimen anterior como defendía la oposición o si era una reforma anhelada por los sectores más aperturistas del franquismo. Según Pere Ysàs este periodo fue una mezcla, esto es, la reforma que devino en ruptura o la ruptura pactada⁷.

En esa ruptura pactada Santos Juliá señala como principal agente el gobierno de Suárez del 76, un gobierno con hombres del franquismo, pero más jóvenes y conectados

⁶ Gonzalo PASAMAR: “¿Cómo nos han contado la Transición? Política, memoria e historiografía (1978-1996)”, *Ayer*, 99 (2015), pp. 225-249.

⁷ Pere YSÀS: “La Transición española. Luces y sombras”, *Ayer*, 79 (2010), pp. 31-57.

con la democracia cristiana frente al gabinete de Arias Navarro, alejándose así de la parte violenta y represora del franquismo. Respecto al PCE, señala a su vez que, una vez conseguida la convocatoria de elecciones libres abandonan su proyecto rupturista.⁸

En esa misma línea destacan las palabras de José Antonio Labordeta en sus memorias, culpando a Carrillo de ese abandono de la senda seguida anteriormente por el PCE:

«Carrillo acabó destrozando toda la estructura del viejo Partido, huyendo de la quema como gato escaldado y dejando en la mayor crisis a las gentes, las únicas, que se habían enfrentado a la Dictadura.»⁹

Respecto a los factores que propiciaron que la Transición se desarrollara como lo hizo y no de otra manera destaca la interpretación propuesta por aquellos historiadores que provienen de la historiografía social y que la desarrollan en clave marxista. Afirman que el régimen estaba agotado y que el Plan de Estabilización de 1959 había creado un abismo entre un régimen continuista y la modernidad económica y su consecuente cambio social con nuevas clases obreras y medias, un mayor número de estudiantes universitarios receptores de las nuevas tendencias occidentales del exterior y el aumento de las clases populares en las ciudades por la industrialización, así como el apoyo de la Iglesia a estas capas de la población en detrimento del régimen.

En esta línea, respecto al papel del régimen Julián Casanova y Carlos Gil Andrés destacan que no supo abordar las consecuencias de los cambios sucedidos a partir de los 60, abriéndose una brecha o desfase entre las estructuras socioeconómicas imperantes a partir de entonces en la población y la política llevada a cabo. Los dos autores defienden así que la larga duración de la dictadura llevó a transformar las estructuras sociales y políticas, pero también los valores individuales y los comportamientos de los grupos sociales¹⁰.

A su vez, Xavier Domènech opina que la modernización económica no debe estudiarse de forma paralela a la transformación de la clase y a los cambios en la conflictividad y en el ámbito político. Piensa que la llegada de la democracia debe

⁸ Santos JULIÁ: “Cosas que de la Transición se cuentan”, *Ayer*, 79 (2010), pp. 297-319.

⁹ José Antonio LABORDETA: *Banderas rotas...* p. 134.

¹⁰ Julián CASANOVA y Carlos GIL ANDRÉS: *Historia de España en el s. XX*, Madrid, Ariel, 2009, pp. 274-276.

entenderse como el resultado de una suma en la que en primer lugar llega la modernización, de ella se deriva una nueva clase obrera que pone en acción un nuevo tipo de conflicto que acaba dando lugar a la democracia.¹¹

Prestando atención a las tradiciones democráticas es importante la obra de Víctor Pérez Díaz, afirma que en esos momentos están surgiendo nuevas u olvidadas tradiciones democráticas. En esa “invención de la España democrática”¹² se genera una nueva cultura política como consecuencia directa de los contactos con Europa y la mejora de las condiciones de vida de la mayoría de los españoles. Esto lleva a una activación de la protesta, surge la idea de que España puede y debe ser democrática al igual que en el resto de países con los que tras el 59 se mantienen relaciones.

Por otro lado, Manuel Pérez Ledesma señala que la clase política española y su idea de una transición tutelada por ella llevó a un desencanto de la población por la política ya en un primer momento, reflejándose esto en la baja afiliación a los partidos¹³.

En la tendencia opuesta, José Casanova destaca el papel del Estado señalando una reforma desde arriba, argumenta que el régimen había reforzado la administración y la población había empezado a verlo positivamente como un Estado paternalista. A pesar de ello seguirá reprimiendo hasta el final, al tiempo que se limitan los poderes arbitrarios de Franco separando la Jefatura del Estado de la del Gobierno, aunque esta quiebra en la esfera gubernamental no se dio en la estatal, representando Juan Carlos la continuidad. No hay por tanto una posibilidad de cambio revolucionario en España porque ello implicaría una división en los aparatos coercitivos del Estado y esto no se da.

Sin embargo, y en la línea seguida por Xavier Domènech, destaca que la contradicción entre la estructura socioeconómica y la política hizo necesarios cambios en la estructura política que no se dieron en un primer momento. Es ahí cuando el autor señala la importancia de la movilización social, presionando constantemente al régimen y haciendo imposible su continuidad, reprimiendo así el régimen la movilización,

¹¹ Xavier DOMÈNECH: “La formación de la clase obrera bajo el franquismo. Nuevos debates”, *Ayer*, 79 (2010), pp. 283-296.

¹² Víctor PÉREZ DÍAZ: *La primacía de la sociedad civil: El proceso de formación de la España democrática*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, p. 41.

¹³ Manuel PÉREZ LEDESMA: “Nuevos y viejos movimientos sociales en la transición”, en MOLINERO, Carme (ed.): *La Transición...*, pp. 117-151.

llevando esto a aumentarla aún más. A pesar de la importancia de la movilización destaca por último que ni la movilización genera democratización por sí sola ni la industrialización genera un cambio directo en la sociedad, enlazando así con su tesis sobre la importancia a su vez de las decisiones del régimen, argumento que comparte también Santiago González Gómez¹⁴.

En las nuevas visiones son reseñables por ejemplo la de Javier Ansuátegui Reig, que estudia e interpreta el periodo en clave jurídica¹⁵. También aquellas visiones que se acercan al periodo y lo interpretan desde una visión cultural, destacando José Carlos Mainer¹⁶.

Existe a su vez una vía de interpretación de la Transición unida a la comparación con la política española actual, señalando en las carencias políticas del periodo los defectos de la España de hoy en día. Si bien es una vía que cobra mucha fuerza a raíz del surgimiento del movimiento del 15-M, es rastreable desde finales de los 90 en autores como Juan Luis Paniagua Soto o Juan Carlos Monedero.¹⁷

Para finalizar, me gustaría hacer una aclaración al respecto sobre los movimientos sociales tratados. La extensión en el tratamiento sobre el movimiento obrero, el estudiantil y el feminista destacan sobre el que he denominado “Otros tipos de protesta”.

Los movimientos pacifistas y ecologistas son pocas veces tratados por su tardía aparición ya que tienen más importancia a partir de la década de los 80, pero son

¹⁴ José CASANOVA: “Modernización y democratización: reflexiones sobre la transición española a la democracia”, en CARNERO I ARBAT, Teresa (ed. lit.): *Modernización, desarrollo político y cambio social*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, pp. 235-276; y Santiago GONZÁLEZ GÓMEZ: “Movimientos ciudadanos y cultura democrática (1962-1975)”, en de la CALLE, María Dolores y REDERO, Manuel (eds.): *Movimientos sociales en la España del siglo XX*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2008, pp. 249-270.

¹⁵ Javier ANSUÁTEGUI REIG: “Legalidad y derechos: el modelo de la Transición” en GÓMEZ BRAVO, Gutmaro (ed.): *Conflicto y consenso en la transición española*, Madrid, Pablo Iglesias, 2009, pp. 111-126.

¹⁶ José Carlos MAINER: “La vida de la cultura” en MAINER, José Carlos y JULIÁ, Santos: *El aprendizaje de la libertad 1973-1986: la cultura de la transición*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 81-250.

¹⁷ Juan Carlos MONEDERO: *La Transición contada a nuestros padres: nocturno de la democracia española*, Madrid, La Catarata, 2013; o Juan Luis PANIAGUA SOTO y Juan Carlos MONEDERO (Eds.): *En torno a la democracia en España. Temas abiertos del sistema político español*, Madrid, Editorial Tecnos, 1999.

rastreables en la Transición, aunque hay pocas obras que se ocupan de ellos, como el caso de la obra editada por Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz¹⁸.

Cabe señalar que en la historiografía sobre la Transición pocas son las obras que se encargan de tratar los movimientos vecinal y feminista. Respecto al movimiento vecinal suele aparecer en las obras que prestan, aunque sea una mínima atención, a los movimientos sociales (las hay que ni los citan o sólo los nombran, como es el caso de la obra editada por José Félix Tezanos, Ramón Cotarelo y Andrés De Blas¹⁹). Por otro lado, el movimiento feminista y el movimiento gay son mayoritariamente excluidos de las obras que tratan el periodo y para obtener información sobre ellos casi se ha de ir obligatoriamente a obras que traten de forma exclusiva los “nuevos” movimientos sociales²⁰ o el feminismo²¹.

¹⁸ Rafael QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ (ed.): *La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011.

¹⁹ José Félix TEZANOS, Ramón COTARELO y Andrés DE BLAS (eds.): *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989.

²⁰ Jordi MONFERRER TOMÀS: “Movimientos sociales e identidad colectiva. El movimiento gay español.” en FUNES, M^a Jesús y ADELL, Ramón (eds.): *Movimientos sociales...*, pp. 163-190.

²¹ Anna CABALLÉ: *El feminismo en España. La lenta conquista de un derecho*, Madrid, Cátedra, 2013; Giuliana DI FEBBO: *Resistencia y movimiento de mujeres en España: 1936-1976*, Icaria, 1979; o Pilar ESCARIO; Inés ALBERDI y Ana LÓPEZ-ACOTTO: *Lo personal es político. El movimiento feminista en la transición*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer, 1996.

3. El cambio de la sociedad frente al inmovilismo del régimen: 1950-1978.

“Españoles, Franco ha muerto”. Con estas palabras el 20 de noviembre de 1975 el presidente del Gobierno de España, Carlos Arias Navarro, anunciaba entre sollozos la muerte de Francisco Franco, dictador del país desde el final de la Guerra Civil, abriéndose así un nuevo periodo en la historia del Estado español, siendo este momento para la mayoría de la población el punto en el que da comienzo la llamada Transición a la democracia, si bien este periodo no se puede llegar a comprender de manera íntegra si no se tienen en cuenta los cambios que se habían ido produciendo en la sociedad española a partir del Plan de Estabilización de 1959.

El Plan se aprobó en un contexto de crisis del modelo autárquico vigente desde 1939, este modelo económico basado en una férrea y constante intervención estatal (tanto en la producción como en el consumo) se irá tornando más laxo, aunque esta apertura no se dio en el consumo, dando como resultado una crisis de sobreproducción que pedía a gritos una remodelación íntegra de la economía española. Es en este momento cuando surgen las movilizaciones de 1951 en Barcelona, País Vasco, Pamplona y Madrid, siendo la más destacable el boicot a los tranvías de Barcelona.

El 19 de diciembre de 1950 el Consejo de Ministros había aprobado una subida de 20 céntimos en los billetes del tranvía barcelonés, algo que no se dio en la capital, apareciendo en la ciudad condal a partir de febrero octavillas llamando a la población a boicotear los tranvías el uno de marzo, cediendo el ministro de Órdenes Públicas al ordenar el restablecimiento provisional de la tarifa anterior, sin embargo, se había convocado una huelga general para el día 12 del mismo mes por parte de la Asamblea de enlaces sindicales del Consejo Nacional de Sindicatos, teniendo una gran repercusión en Barcelona y su cinturón industrial debido a la movilización que había llevado a cabo la sociedad barcelonesa con el asunto de los tranvías, finalizando la huelga con una dura represión policial y con un cambio gubernamental debido al apoyo de la huelga por miembros de Falange y de sectores católicos, anteriormente fieles al régimen de manera incondicional.

La remodelación del gobierno a raíz de los sucesos de Barcelona no fue suficiente al volver a sufrir la dictadura protestas a finales de 1955, tan sólo 4 años después de las de Barcelona. En esta ocasión el ámbito universitario es el que muestra las demandas de

cambio tras la muerte del escritor liberal Ortega y Gasset, a esto se sumó el deseo tanto de jóvenes falangistas como de jóvenes comunistas de desbancar al Sindicato Español Universitario (SEU) de su posición privilegiada como único sindicato universitario permitido por el gobierno, trasladándose a la calle los enfrentamientos y la crisis al gobierno, forzando una nueva reordenación ministerial, ascendiendo al poder el llamado gobierno de tecnócratas, conformado por hombres afines a Carrero Blanco (que ya aparecía en el gobierno de 1951) y por tanto al Opus Dei, creyendo en las ventajas de la economía capitalista al contrario que el mensaje de Falange de una defensa a ultranza de la autarquía, elaborando y aprobando en 1959 el Plan de Estabilización o de Liberalización Económica.

Con la aplicación del Plan a partir de 1959, España experimentó un proceso de crecimiento económico inaudito hasta aquel entonces respecto a su intensidad y a su duración, aumentando el Producto Interior Bruto (PIB) a una tasa anual superior al 7% durante quince años, acompañándose la renta por habitante española a la europea. Por otro lado, la peseta entraba en el sistema de Bretton Woods, posibilitando su conversión en otras divisas beneficiándose a su vez la economía con las divisas extranjeras recibidas de los salarios de emigrantes españoles o del turismo con acciones como la autorización por parte de Fraga del bikini o de comer carne los viernes, representando el turismo llegado a España el 15%²² del turismo mundial anual si se atiende a número de turistas.

El Plan también afectó a la estructura económica del país, creciendo los sectores secundario (industria) y terciario (servicios) en detrimento del primario (agricultura), resultando en un éxodo rural del campo hacia las ciudades, aumentando así la población urbana y por ende la clase obrera en las ciudades. Todo este crecimiento se ve acompañado de un mayor desembolso de gasto público, aumentando los gastos del Instituto Nacional de la Vivienda, la educación se asume por parte del Estado y las pensiones y la sanidad se ven alzadas gracias a la creación en 1967 de la Seguridad Social, todo ello de cara a sentar las bases de un Estado de bienestar.

A nivel cultural el aperturismo insufló aire a las corrientes intelectuales, levantándose parcialmente las restricciones culturales llegando incluso el Manifiesto

²² Albert CARRERAS y Xavier TAFUNELL: *Historia económica de la España Contemporánea (1789-2009)*, Barcelona, Crítica, 2014.

Comunista de Karl Marx al país. En este ámbito es importante la Ley de Prensa de Fraga de 1966 para controlar la publicación de determinadas obras, aunque con censuras y sanciones, si bien las publicaciones de izquierdas fueron cada día más numerosas excepto las del fundador del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Pablo Iglesias, que siguieron censuradas hasta el fin de la dictadura. En el teatro también se vio un cierto aperturismo español con obras con una velada crítica al sistema como es el caso de *El Tragaluz* de Antonio Buero Vallejo.

El Plan ayudó también a una mayor presencia femenina en el trabajo asalariado debido a la demanda de mano de obra barata, además en 1961 la Ley de Derechos Políticos, Profesionales y Laborales de la Mujer le reconocía los mismos derechos en actividades políticas, profesionales y en el trabajo, si bien seguían necesitando el permiso del marido para trabajar, aunque la cuestión de la brecha salarial, que se fue empeorando con los años (el salario/hora femenino era de un 80% en 1963 y de un 75% en 1971²³).

Todos estos cambios serían el caldo de cultivo idóneo para la bacteria contra la que había estado luchando con fervor el régimen desde su implantación definitiva en 1939: la democracia. La llegada de nuevas ideas, obras e ideologías extranjeras como el consumismo exacerbado procedente de América junto con un aumento de la clase obrera urbana, así como de su concentración y su poder adquisitivo, resultarán en un progresivo crecimiento de la oposición democrática clandestina en todas sus vías, destacando en este primer momento el foco de la minería asturiana con una dura represión que alcanzó su punto álgido con el fusilamiento del dirigente del PCE, Julián Grimau, el 20 de abril de 1963 debido a, según el consejo de guerra que le juzgó, los hechos que había perpetrado durante la guerra.

Se produce por tanto un cambio en la clase obrera, que en 1970 se puede contabilizar en torno a los 4 millones de personas en España, suponiendo un tercio de la población total del país, esta transformación se produce por la diversificación profesional dada a partir del Plan considerando a parte del sector servicios en ella. En el sector industrial por otro lado se produce una homogeneización profesional debido a la nueva tecnología de producción masiva que posibilitaba el acceso a la población no

²³ Mary NASH: *"Vencidas, represaliadas y resistentes: las mujeres bajo el orden patriarcal franquista"* en Julián CASANOVA (coord.): *Cuarenta años con Franco*, Barcelona, Crítica, 2015, pp. 191-229

cualificada, siendo la mayoría del sector inmigrantes recientes procedentes del campo, apareciendo así una nueva clase obrera en los 70.

También hay una transformación en la clase media, cada vez más numerosa y heterogénea debido a la industrialización, apareciendo talleres con pequeños propietarios o antiguos obreros cualificados regentándolos, esto sucede a su vez con el transporte, la construcción y el pequeño comercio. Cabe señalar en este aspecto el aumento del personal administrativo, así como la ampliación de los servicios públicos (sanidad, educación...).

Estos cambios generan una sociedad capitalista industrializada con clases medias y obreras amplias y diversificadas, enquistándose en sus posiciones al no darse movilidad social vertical, generando de este modo cada vez mayor desafección por el régimen.

Los cambios en la educación también son esenciales, en 1970 la tasa de analfabetismo era de un 9%²⁴, compuesta esa cifra sobre todo por mayores de 55 y mujeres, hay un nivel educativo muy bajo entre la población adulta. Frente a estos datos la escolarización obligatoria se extiende hasta los 14 años, las universidades crecen en un 142%²⁵ en tan sólo 10 años (1962-1972), también aparecen nuevos centros y se da una cierta “democratización universitaria” siendo cada vez más accesible para las clases bajas (en los 70 el 13’5%²⁶ de los universitarios provienen de familias obreras). Estos cambios hacia una educación con mayor cabida y calidad dan como resultado que se produzca una ruptura generacional contra los principios del régimen, algo que se contagia a la condición femenina.

Todo este aumento del bienestar individual no acarrió un aumento paralelo en el bienestar colectivo, apareciendo barrios obreros a los que no llegaba el gasto público, marginándolos, aislándolos y avivando su descontento social.

A esta crítica incipiente contra la dictadura se unirá uno de sus principales apoyos: la Iglesia. Tras el Concilio Vaticano II (1962-1965) y la apuesta de la Santa Sede por el

²⁴ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: “Modernización económica e inmovilismo político (1959-1975)” en Jesús A. MARTÍNEZ (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1939-1996*, Madrid, Cátedra, 1999, pp. 129-243.

²⁵ Carme MOLINERO y Pere YSÀS, *Ibid*, pp. 129-243.

²⁶ Carme MOLINERO y Pere YSÀS, *Ibid*, pp. 129-243.

humanismo y la defensa de la democracia, comienzan a aparecer las primeras voces eclesiásticas discordantes en España, aparece así la disidencia católica, la mayoría de esta nueva generación episcopal se enfrenta públicamente con Franco, mejorando la opinión popular sobre la Iglesia, comenzándola a ver como un elemento a considerar en la lucha contra el régimen.

Todo este malestar afectó a su vez a la clase dirigente, generándose enfrentamientos que llevarían a la crisis del régimen debido a los cambios gubernamentales generados por parte de Carrero Blanco llegando al llamado “gobierno monocolor” de 1969, integrado exclusivamente por hombres de su confianza, sintiéndose desplazada la Falange, que trataba de resistir en su último feudo, la OSE, la Falange también movilizó de manera clandestina a sus grupos, actuando en contra de la creciente movilización obrera pero a veces también contra el propio gobierno franquista al considerar que no estaban haciendo suficiente para reprimir las protestas.

En junio de 1973, con un Franco cada vez más debilitado, éste designa a Carrero Blanco como presidente, destacando también Torcuato Fernández Miranda como vicepresidente y Carlos Arias Navarro para la cartera de Gobernación, hay que destacar que, con este gobierno, más plural que el de 1969, lo que se buscaba era aliviar las tensiones internas del propio régimen con el fin de poderlo salvar, siendo heterogéneo pero más duro frente a la situación en la calle. Respecto a este gobierno, Javier Tusell opina que lo que Carrero buscaba era volver a la unidad originaria del franquismo quitando a su vez de en medio a sus adversarios dentro de él como Fraga, a quien se designa como embajador en Londres.

Este gobierno se desmoronó pocos meses después con el asesinato de Carrero Blanco en un atentado perpetrado por la banda terrorista ETA el día 20 de diciembre de ese mismo año. El propio Franco quedó muy afectado y la presidencia la pasó a ocupar Torcuato Fernández Miranda tratando de minimizar el asunto e instaurar la calma de nuevo, pero el atentado fue un duro mazazo para el régimen ya que Carrero era visto como la pieza clave para asegurar la sucesión de Franco en Juan Carlos por las vías legales del propio régimen, sin embargo autores como Carme Molinero y Pere Ysàs consideran que su muerte pudo ser clave en la Transición ya que Carrero podría haber

reprimido de forma violenta los movimientos sociales si hubiese continuado vivo, imposibilitando la vuelta total a la democracia²⁷.

Cuando la situación se estabilizó, Franco designó como presidente a Carlos Arias Navarro, incluso la esposa de Franco, Carmen Polo, opinó que hacía falta un hombre duro ante el miedo a correr la misma suerte que Carrero. En este nuevo gobierno destaca el apartamiento de los tecnócratas, creando un equilibrio entre aperturistas e inmovilistas, aunque las acciones gubernamentales se decantaron hacia el platillo aperturista de la balanza, con un afán de extender la apertura política a más sectores, aunque excluyendo a los más radicales, algo que se observa en el discurso pronunciado por Arias Navarro en las Cortes el 12 de febrero de 1974, anunciando a su vez una nueva ley de elección de alcaldes y diputaciones, la Ley Sindical y los primeros pasos para regular el derecho de asociación.

Este nuevo “espíritu del 12 de febrero” fue visto con buenos ojos por parte de los aperturistas, aunque la reforma era limitada, lo que causó la desconfianza de la oposición democrática, que no veía suficientes las medidas del nuevo gobierno y de los inmovilistas al considerar que el régimen se estaba relajando demasiado. Por otro lado, la Iglesia vivió uno de los momentos más tensos con el régimen cuando el 24 de febrero el obispo de Bilbao, Antonio Añoveros, emitía una homilía que se leyó en la mayoría de la diócesis abogando por el derecho de los pueblos y la defensa del euskera, considerándolo un ataque al gobierno y procediendo al arresto del obispo, así como una orden de expulsión del país, sin embargo la Iglesia amenazó con la excomunión a las autoridades por lo que Arias Navarro se vio obligado a ceder por las presiones.

Otro de los golpes al régimen vino esta vez desde Cataluña, donde el 2 de marzo se ejecutó al anarquista Salvador Puig Antich mediante garrote vil, en esta ocasión Franco no se echó atrás, desoyendo las peticiones de conmutación de la pena, condenando el Parlamento Europeo 12 días después a la dictadura por sus ataques contra los derechos humanos, generando a su vez malestar en la población al ver como falsas las promesas aperturistas del 12 de febrero.

Los sectores inmovilistas también se movilizaron sobre todo tras la Revolución de los Claveles en Portugal en abril del mismo año, temiendo que ese espíritu

²⁷ Carme MOLINERO y Pere YSÀS, *Ibid*, pp. 129-243.

revolucionario de sus vecinos se extendiese a España, destacando Girón de Velasco con una publicación en *Arriba*, diario falangista, en la que afirmaba que lo que se buscaba era que los españoles “pierdan la fe en Franco y en la Revolución Nacional”, lo que se denominó el *gironazo*.

En todo este clima de tensión la salud del dictador empeoraba, sufriendo un ataque de flebitis, el 18 de julio Franco traspasaba sus poderes de manera interina a Juan Carlos viendo que la enfermedad iba a más, aunque los recuperó el 2 de septiembre. A la mala salud de Franco se sumó un nuevo atentado el día 13 de septiembre contra una cafetería de Madrid frecuentada por policías y administrativos del Ministerio de la Gobernación al estar situada junto a la Dirección General de Seguridad, el ataque fue llevado a cabo por ETA en colaboración con antiguos comunistas alejados del partido, aunque sirvió de excusa para atacar al PCE y para que los ultras de Fuerza Nueva siguiesen actuando en contra del gobierno.

En diciembre se aprobó el Estatuto Jurídico del Derecho de Asociación Política, según el documento, para ser legalizadas las asociaciones políticas debían seguir y respetar los Principios del Movimiento, también quedaban bajo la supervisión del Consejo Nacional hasta que quedasen legalizadas, también se requería un mínimo de afiliación de 25.000 personas distribuidas entre 15 provincias. Estas asociaciones podrían participar en procesos electorales para la regulación de nuevos temas. El estatuto fue rechazado por la amplia mayoría de los sectores que buscaban la apertura, posicionándose a favor de una reforma verdaderamente democratizadora.

En marzo de 1975 se aprobaba un decreto-ley que reconocía el derecho de huelga pero limitándolo mucho, a pesar de ello en las elecciones sindicales se logró un gran éxito por parte de los grupos de izquierdas, dejando casi moribunda a la OSE, a ello se suma el movimiento de los grupos violentos como ETA, aumentando las víctimas mortales y generando en agosto un decreto-ley contra el terrorismo que se traducía en un estado de excepción permanente, reiterando a su vez la ilegalidad de partidos como el PCE, PSOE, PSUC y sindicatos como la CNT o la UGT al considerar que fomentaban la violencia, dándose a su vez penas de muerte contra miembros del FRAP y de ETA en septiembre, provocando manifestaciones masivas contra el régimen en la propia España e incluso en capitales europeas como Lisboa, donde se llegó a saltar la embajada española. El régimen contrarrestó estas movilizaciones con una manifestación

en la Plaza de Oriente en la que Franco se dirigió sus fieles, declarando que todo era parte de una conspiración masónica e izquierdista contra su persona y contra España.

La última crisis a la que se enfrentaría Franco en la poca vida que le quedaba fue la del Sahara, convocando el rey de Marruecos, Hassan II, la llamada *Marcha Verde*, una ocupación pacífica del Sahara español, cediendo finalmente España el 14 de noviembre mediante el Acuerdo de Madrid, entregando el Sahara a Marruecos y Mauritania y fijando la retirada de España para febrero de 1976.

El 15 de octubre de 1975 Franco sufría un ataque al corazón y aún sufriría otros dos más, trasladándolo el 2 de noviembre a la Ciudad Sanitaria La Paz para intentar mantenerlo con vida y que pudiese renovar al presidente de las Cortes, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, para designar a un presidente de Gobierno ya que el mandato de Rodríguez de Valcárcel acababa el día 26, sin embargo, Franco murió en la cama el día 20 de noviembre.

Tan sólo 2 días después de la muerte de Franco, su sucesor, Juan Carlos, juraba ante las Cortes como jefe de Estado a título de rey como Juan Carlos I, formándose a su vez un nuevo gabinete el 13 de diciembre con Arias Navarro a la cabeza, así como antiguos hombres inmovilistas del régimen, pero también con reformistas como Fraga y “sangre nueva” como era el caso de Adolfo Suárez, joven falangista. Por otro lado, Fernández Miranda en su puesto de Presidente de las Cortes trataba de darles más poder en detrimento del gobierno, que aún seguía integrado en parte por el llamado “búnker” franquista, intentando esto a su vez con el Consejo del Reino, del que también era presidente, dando sus frutos estos esfuerzos por vez primera entre finales de mayo y principios de junio de 1976, cuando las Cortes franquistas aprobaban la Ley Reguladora del Derecho de Reunión y la Ley Reguladora del derecho de Asociación (26 de mayo y 9 de junio respectivamente) de cara a la composición de unas Cortes más heterogéneas con diferentes partidos.

Los intentos de apertura se veían como insuficientes desde las bases obreras urbanas y como un ataque al régimen construido por y heredado de Franco desde los grupos carlistas, traducándose este descontento en huelgas, manifestaciones, etc. que se saldaron con muertos como en los casos de Vitoria y Montejurra, generando la famosa frase de Fraga de “La calle es mía” y la dimisión de Carlos Arias Navarro como

presidente de Gobierno el 1 de julio de 1976, comenzando la búsqueda de un nuevo hombre para el cargo entre la lista barajada por Fernández Miranda y el Consejo del Reino, designando al favorito del rey y de Fernández Miranda, Adolfo Suárez, para el cargo el 3 de julio.

El problema con Suárez es que no parecía suficiente ni para los sectores populares y los reformistas ni para los inmovilistas. Los sectores populares y los reformistas lo veían como una marioneta a usar en un intento de frenar la ruptura mientras que los inmovilistas lo veían como un hombre que, de alguna manera, no tenía vela en ese entierro político del viejo franquismo que se estaba intentando propiciar por parte de los rupturistas al no poseer los méritos propios de un cargo como el que había recibido (aun habiendo sido Gobernador Civil en Segovia, presidido Televisión Española, la Unión del Pueblo Español o UPDE y la Secretaría General del Movimiento) y desde el que podría colaborar para perpetuar el legado de la política franquista.

Este relevo generacional de Arias a Suárez se vio reflejado también en el nuevo gobierno del 8 de agosto, desapareciendo de la formación hombres como Fraga para ser sustituidos por hombres más jóvenes cercanos a la democracia cristiana, así como por reformistas del Movimiento. El nuevo gobierno trató de alcanzar un régimen liberal-democrático sirviéndose de las leyes del propio régimen franquista intentando así convencer a todos los sectores de alguna manera de que esa nueva democracia era lo que España necesitaba, siendo esto clave en el proceso transicional español al intentar llegar a un consenso con todas las fuerzas políticas, incluidas las opositoras al régimen en lo que muchos autores como Santos Juliá o Pere Ysàs han calificado como ruptura o reforma pactada.

En esa ruptura pactada la Ley para la Reforma Política fue la piedra angular sobre la que construir un nuevo sistema político, siendo presentado el anteproyecto el 24 de agosto de 1976. Establecía un sistema democrático con dos cámaras elegidas por sufragio universal: el Congreso y el Senado, con 350 y 250 miembros respectivamente, si bien en el Senado sólo 102 eran electivos, el resto eran de designación real, además el propio rey podía someter la ley a referéndum antes de que se aprobara. La ley fijaba a su vez que las reformas que se diesen debían provenir o del gobierno, de las Cámaras o de la Corona, pero con un plebiscito posterior. El gobierno recibía el poder de organizar

las primeras elecciones mediante decretos-leyes, designando a los organismos electivos como “partidos”.

El documento fue aprobado por el gobierno el 10 de septiembre y un día después se anunciaba por televisión, aunque había sufrido ligeras modificaciones por parte del gabinete de Suárez, se diluía el número de los miembros de las Cámaras, el rey sólo podía elegir a un quinto de los senadores como máximo, la capacidad de reformar leyes se otorgaba al gobierno y al Congreso (dejando fuera a la Corona y al Senado) y el rey podía someter a referéndum los proyectos que le presentaban o iniciativas propias, también se suprimió la palabra “partido” del documento y se aplicó al documento el rango de Ley Fundamental, aprobándose en Cortes el 18 de noviembre.

Durante la elaboración y aprobación de la Ley para la Reforma Política la oposición democrática, que convergía en Coordinación Democrática, abogaba por medidas políticas más contundentes al considerar la Ley como insuficiente, mientras tanto Suárez se reunía con la cúpula militar para tranquilizarla asegurando que el PCE no sería legalizado. Una de las medidas que Coordinación Democrática defendía era la amnistía general para los presos políticos del franquismo, para ello debía retocarse el Código Penal, cosa que se hizo el 14 de julio en las Cortes, pero se vio como insuficiente al derivar en una amnistía muy “light” al seguir imposibilitando a su vez la legalización del PCE, considerando al nuevo gobierno como un instrumento que trataba de perpetuar el franquismo con un lavado de cara que enmascarara sus asuntos más turbios.

Esta oposición defendía una ruptura democrática con el régimen anterior y para ellos sólo podía llevarse a cabo con un gobierno provisional que permitiese unas elecciones libres, sin embargo, ya desde agosto de 1976 Suárez se fue reuniendo con líderes democráticos como Felipe González, Tierno Galván o Jordi Pujol tratando de convencerles de su proyecto y de que participasen en las elecciones que ya se estaban ideando rechazando así su ideal de ruptura.

La LPR se sometió a referéndum el 15 de diciembre de 1976 con toda la oposición llamando a la abstención, aunque solo llegó al 30%²⁸, en esas fechas los atentados terroristas se intensificaron, tanto desde la extrema izquierda como desde la

²⁸ Julio ARÓSTEGUI: *"La transición política y la construcción de la democracia (1975-1996)"* en Jesús A. MARTÍNEZ (coord.): *Historia de España. Siglo XX...*, pp. 244-363.

extrema derecha, destacando el secuestro del presidente del Consejo de Estado, Antonio María de Oril y Urquijo por parte de los GRAPO y la matanza de los abogados laboristas de Atocha el 24 de enero de 1977, sin embargo la Ley fue aprobada con un 81%²⁹ de voto afirmativo.

La victoria de la Ley en las urnas obligaba indiscutiblemente a la oposición a abandonar el modelo de ruptura al haber apoyado (sin otras opciones de cambio) el pueblo español en mayoría el modelo planteado por Suárez, viéndose obligada la oposición a participar en ese sistema si quería llevar a cabo cambios, resquebrajándose Coordinación Democrática al considerar en primer lugar el PSOE que la vía de Suárez no era tan mala y era la que mejor resultado podía darles en ese momento, aprovechando esto el propio Suárez negociando con fuerzas concretas del organismo y de manera individualizada.

Suárez continuó reuniéndose con la oposición democrática en la llamada “Comisión de los Diez”, también el 4 de marzo de 1977 se legalizaban las huelgas (aunque con restricciones) y el 1 de abril se permitía el derecho de asociación sindical, también se estableció en febrero la vía de legalización de los partidos políticos mediante un Decreto-Ley que fijaba los documentos a entregar al Ministerio del Interior y en el caso de presentar alguna posible ilegalidad se remitían al Tribunal Supremo.

Para el caso del PCE se oponía prácticamente la totalidad de la derecha franquista con el Ejército incluido, pero el Tribunal Supremo no encontró irregularidades que significaran su no legalización, por lo que la decisión última recaía en los hombros del gobierno de Suárez, quien preparó la legalización a espaldas de la mayoría de sus ministros, sobre todo de los militares, a quienes había prometido no legalizar el PCE, y emitió el decreto el día 9 de abril en plena Semana Santa, concretamente el Sábado Santo, generando mucha repulsa dentro de las filas militares y sus altas esferas, así como para parte del PCE al significar esta legalización la asunción total del nuevo régimen pactado sin posibilidad alguna de ruptura.

Respecto a Cataluña, Suárez se entrevistó con una figura histórica de la política catalana republicana, Josep Tarradellas, restableciéndose la Generalitat el 29 de septiembre con Tarradellas como presidente.

²⁹ Julio ARÓSTEGUI, *Ibid.*, pp. 244-363.

Finalmente, las elecciones fueron convocadas para el día 15 de abril, con una participación de un 79,92%³⁰ arrasando UCD, partido encabezado por Adolfo Suárez, aunque no llegó a la mayoría por tan solo 11 escaños (consiguió 165 de un total de 350), seguido por el PSOE (118), estando por delante estos dos de un hundido PCE con tan solo 20 escaños.

Ya en los primeros meses del gobierno de UCD se avanzó en las medidas para el país, siendo claves los Pactos de la Moncloa entre todos los partidos en el Palacio de la Moncloa entre el 8 y el 21 de octubre, siendo aprobados en el Congreso el día 25 del mismo mes. Los pactos se centraban básicamente en la economía española, teniendo gran importancia el ministro de Economía Enrique Fuentes Quintana, pero también abordaban otros temas como la educación, sanidad, empleo, etc.

La última (aunque no menos importante) tarea que debían llevar a cabo esas primeras Cortes tras la vuelta a la democracia en España era la elaboración de una Carta Magna para su posterior sometimiento a referéndum, siendo designada una Comisión Constitucional el 26 de julio formada por tres miembros de UCD y un miembro de cada partido restante, llegando el anteproyecto en enero de 1978 y siendo aprobado en el Congreso en julio tras los debates llevados a cabo desde mayo mientras que el Senado lo discutió desde agosto hasta septiembre aprobándolo en octubre, dando el visto bueno al texto final la Comisión Mixta Congreso-Senado el 20 de octubre, por lo que debía llevarse de nuevo a las dos Cámaras de manera individual para aprobar el texto definitivo el 31 de octubre, publicándose el 6 de noviembre y sometiéndose a referéndum un mes después, el 6 de diciembre para sancionarla y promulgarla el rey el 29 de diciembre.

³⁰ Julio ARÓSTEGUI, *Ibid*, pp. 244-363.

4. La recuperación de la calle por parte de los trabajadores: la conflictividad obrera.

Todos los factores señalados en el apartado anterior se alinean en mayor o menor grado dando como resultado una conflictividad obrera creciente desde 1962 alcanzando su máxima intensidad en los 70, ya en 1962 se contabilizan entre 200.000 y 400.000 trabajadores en huelga. Muchos de los conflictos son en torno a la negociación de los convenios colectivos y los acuerdos llevados a cabo por los representantes sindicales de la OSE en nombre de los trabajadores.

En origen tienen un carácter laboral, pero se van politizando debido al inmovilismo del régimen y de la patronal, manifestándose esa conflictividad en los 60 en zonas industriales, mayoritariamente en los sectores metalúrgicos, textiles, mineros, de la construcción y químicos. Comienza a verse a la movilización como única vía para alcanzar las prerrogativas laborales, aunque hay que destacar también a los jóvenes obreros que, de alguna manera, daban nueva vida a estas movilizaciones.

Esta importancia creciente viene dada por un aumento masivo de la clase obrera española (obreros industriales y de servicios), aumento que llevó a que en 1976 ocupara el 42,1% de la población activa española total. Esta clase obrera se distribuye por todo el territorio aunque se pueden señalar nuevos focos en Madrid, Zaragoza, Sevilla o Valencia (aparte de los tradicionales en Asturias, País Vasco y Cataluña).³¹

En estos años es muy importante la consolidación de Comisiones Obreras (CC. OO), que en las elecciones sindicales de 1966 ganaron mucha fuerza, aunque fueron ilegalizadas en 1967 al considerarlas una filial del PCE, pero ya se habían ido desarrollando y, aún en la clandestinidad, se fueron extendiendo por España rápidamente, desarrollando una doble vía: la pacífica y legal de participar en las elecciones y la ilegal con sus estructuras clandestinas y las organizaciones de manifestaciones y huelgas.

La conflictividad se irá extendiendo desde la industria a parte del sector terciario, sobre todo la enseñanza, la banca y la sanidad, considerando el franquismo que el

³¹ Manuel REDERO SAN ROMÁN y Tomás PÉREZ DELGADO: "Orígenes sociales de la democracia en España" en Manuel REDERO SAN ROMÁN (ed.): *La transición a la democracia en España*, Madrid, Marcial Pons, 1996, pp. 165-188.

problema derivaba del relajamiento en la legalidad y el orden franquista, reaccionando violentamente con una dura represión que trajo los tres primeros muertos ya en 1970 en Granada, generando de este modo una mayor movilización, que era lo que buscaban tanto CC. OO como el PCE en un primer momento y el resto de las organizaciones políticas de la oposición democrática más tarde. En ese año hubo según el Ministerio de Trabajo 1.595 huelgas, cifra que fue descendiendo hasta 4 años más tarde.³²

Entre 1970 y 1974 hay que destacar que, aunque el número de huelgas desciende, la represión no se debilita, muriendo en 1971 un obrero en la huelga de SEAT en Barcelona, dos trabajadores de la Bazán en Ferrol en 1972 y un obrero en la Central de Besós en Barcelona.

En 1974 se llegó a las cuotas más altas de protesta obrera con 2.290 huelgas según el Ministerio³³, sobre todo en Barcelona, que parecía querer recuperar ese espíritu obrero que antaño poseyó, registrando conflictos muy duros en la fábrica de Seat, además de en el País Vasco y Madrid. Sólo un año después el 20 de febrero se convocaba una huelga general por el asesinato por parte de la Guardia Civil de un militante antifranquista, volviéndose a repetir el caso el 11 de junio en Ondarroa por otro joven asesinado. La represión no solucionó ni silenció las tensiones, las cuáles aumentaron en los meses siguientes, especialmente en septiembre.

Ese mismo año en el Baix Llobregart (provincia de Barcelona) se dio una huelga general en julio en apoyo a trabajadores de dos empresas catalanas y en diciembre otra huelga general contra la política económica gubernamental, saldándose con 24 acusados de ser miembros del PSUC. En diciembre en Guipúzcoa y Vizcaya se vivió otra debido a la política económica gubernamental y al progresivo crecimiento del coste de la vida.

Esta escala en los conflictos laborales venía propiciada principalmente por CC. OO. y a su vez contribuyó a un aumento en las filas de la UGT. Cabe destacar que, si bien el decreto-ley de 1975 había relajado las restricciones en cuanto a las huelgas, esto no sirvió para aplacar su violencia (que es lo que se pretendía por parte del Gobierno), sino para que fuesen aún más violentas y con elementos que atentaban contra la legalidad vigente. En este año el País Vasco vivió varias huelgas generales con

³² María Dolores de la CALLE, Manuel REDERO (eds.): *Movimientos sociales en la España del siglo XX*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2008.

³³ María Dolores de la CALLE, Manuel REDERO (eds.), *Ibid*, p. 263.

seguimientos muy amplios debido a la violencia represiva franquista, radicalizándose la situación. Por otro lado, Pamplona también tuvo una en enero en solidaridad con los trabajadores de la empresa Potasas de Navarra. En total, 3.516 huelgas según el Ministerio de Trabajo³⁴.

La muerte de Franco hizo aún más potente la movilización obrera. Durante el año 1976 las movilizaciones giraron más en torno a las protestas por motivos laborales que por las políticas como las proamnistía, aunque la base política estuvo en las protestas constantemente. En la oleada huelguística de este año Madrid fue el epicentro (aunque sin muertos), alimentándose las protestas a su vez de la falta de preparación de las fuerzas de orden ante protestas de tanto calado.

En Madrid las huelgas comenzaron con la de los trabajadores de metro, habiéndola decidido en asamblea el 5 de enero y comenzándola el día siguiente, llegando a militarizarse el servicio y extendiéndose la huelga a RENFE, Telefónica y Correos. El alcance fue tal que en la semana del 12 al 17 de enero llegó a haber 400.000 trabajadores movilizados.

Frente al protagonismo de la capital hay que señalar otros focos en los que sí llegó a haber víctimas mortales: muriendo el 24 de febrero un trabajador en Elda por disparos de la policía y también otro en Basauri en una huelga seguida por 300.000 personas, así como los sucesos de Vitoria.

En Vitoria la huelga de Forjas Alavesas comenzada en enero duraba ya dos meses, el alcalde, el gobernador civil y el presidente de la diputación habían dimitido, Fraga como ministro de la Gobernación no se encontraba en España e incluso el mismísimo Arias se llegó a plantear el declarar el estado de excepción, generándose en la capital alavesa un panorama de caos al no aceptar ninguna vía de negociación los trabajadores movilizados, señalando a CC. OO. como causantes de un intento de politizar el conflicto.

Finalmente, el día 3 de marzo 4.000 obreros se reunían en asamblea en la iglesia de San Francisco de Asís bajo la protección y colaboración del párroco. Pese a defender el párroco el concordato a ultranza, la policía desalojó la iglesia mediante gases

³⁴ María Dolores de la CALLE, Manuel REDERO (eds.), *Ibid*, p. 263.

lacrimógenos, disparando con goma y balas a los obreros que huían del lugar, asesinando a 5 personas y dejando más de cien heridos.

Los sucesos de Vitoria fueron indiscutiblemente uno de los momentos clave vividos en la calle en la Transición Española. Es reseñable que durante el mes de marzo las férreas posiciones franquistas fueron dilatándose y comenzaron a aparecer más colaborativas ante una posible ruptura o reforma, derivando todo en la dimisión de Arias en verano.

A finales de año las protestas volverían a la carga en el marco de la aprobación de la Ley para la Reforma Política, dándose el 12 de noviembre una huelga general que, si bien se desestimó en ese momento, llegó a aglutinar a 560.000 personas según el gobierno frente a los más de dos millones contabilizados por la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (cifra que supondría la mayor huelga sucedida en España desde la guerra civil). Esta movilización se produjo en un momento tenso de negociaciones entre la oposición de los partidos de izquierdas y el gobierno, pero la unión entre la calle y los partidos de izquierda se había roto ya, favoreciendo esto al propio gobierno al tener menos poder la oposición democrática.

A su vez, la importancia de comenzar las movilizaciones a principios del año viene dada porque dos tercios de los convenios colectivos del país (unos 2.000) se renovaban en los primeros tres meses del año. Así, se contabilizan 17.731 huelgas sólo en esos tres meses, afectando a 2.956.000 de trabajadores³⁵.

La presión creada por estas movilizaciones llevó no sólo a los empresarios, sino también al propio Gobierno a negociar con los trabajadores movilizados, llegando incluso a acudir a sus centros de asamblea, en su mayoría locales o iglesias cedidas. Por otro lado, dentro del movimiento obrero comenzó a abrirse una fisura entre aquellos dispuestos a relajar la protesta e ir de la mano con los sectores más moderados de la oposición democrática y aquellos obreros reticentes a ello, convencidos de la posibilidad de la clase obrera de avanzar sola.

La aprobación de la ley y el nuevo año trajeron al país menos movilizaciones al comenzar a organizarse los ciudadanos en los distintos partidos que se iban perfilando

³⁵ Ferrán GALLEGO: *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona, Crítica. 2008.

de cara a unas elecciones, aunque los primeros meses de 1977 serían cruciales para la Transición española.

A comienzos de 1977 se vivió lo que muchos autores llaman la semana negra o trágica de la Transición, comenzando en enero con el asesinato por parte de ultras de un joven estudiante y manifestante proamnistía. Esto provocó una escala de violencia que continuó con los asesinatos de dos policías y un guardia civil en la misma manifestación, lo que llevó a su vez al atentado contra el despacho de los abogados laboristas del PCE de la calle Atocha de Madrid el 24 de enero, saldándose con 7 muertos.

El ataque se produjo por parte de ultras de extrema derecha como un recordatorio al gobierno de que el control de los sindicatos debía seguir siendo del ejecutivo, dándose el asalto en un momento en el que los abogados del PCE trabajaban por defender a operarios del sector de los transportes que se hallaban negociando sus condiciones con la empresa.

La protesta tras el atentado de Atocha no se vivió como una protesta con tintes políticos sino como una expresión del dolor sufrido en una marcha totalmente pacífica, comportándose los asistentes (en su mayoría militantes del partido) de forma correcta y ejemplar bajo “órdenes” del propio partido. Esa conducta pacífica de los asistentes/manifestantes aceleraría y colaboraría a la legalización definitiva del Partido Comunista Español el 9 de abril de ese mismo año.

La manifestación convocada dos días después en protesta por ese crimen frenó la violencia y a su vez significó una prueba de fuerza de la izquierda española en las calles hacia los gobernantes, demostrando que, aún a pesar del sufrimiento experimentado durante la dictadura y las amenazas que estaban sufriendo, no iba a rendirse en sus demandas democráticas, siendo una de las piezas claves, como hemos señalado, para la legalización del PCE el Sábado Santo de ese mismo año.

El ataque al despacho de los abogados de Atocha tendría a su vez más consecuencias en lo que restaba de año: reactivó las huelgas, dándose una nueva ola huelguística que duró hasta finales de enero, así como otra en mayo en vísperas de las elecciones, y otra en diciembre.

En cifras, frente al 4% que representaba la protesta obrera respecto a las protestas habidas de 1963 a 1967, entre 1968 y 1974 la cota asciende hasta un 45,4% del total de las protestas en España pese al indiscutible aumento y endurecimiento de la represión policial, lo que demuestra la ineficacia del régimen ante los nuevos problemas que se le plantean. Con respecto a las huelgas ilegales (no reguladas, no aprobadas o en contra de la legalidad vigente) también aumentan en un 84% entre 1972 y 1973 y un 63% entre 1973 y 1974, ascendiendo el número de horas de trabajo perdidas en 1976 a 156 millones.³⁶

Por otro lado, si bien esta protesta obrera clamaba básicamente por mejoras salariales y en sus derechos laborales, las manifestaciones fueron adquiriendo un tinte político al, tal y como señala Santos Juliá, formarse lazos de unión entre trabajadores movilizadas en una misma protesta. Esos lazos consistieron en una conciencia de que se luchaba por lo mismo, contra la opresión de un régimen dictatorial, comenzando así a añadir la democracia y la libertad sindical como otras de las conquistas a conseguir.³⁷

Dejando apartada la demanda de democracia, una de las principales demandas “obreras” es la de una mayor redistribución de la riqueza ya que, frente a la opresión de la dictadura sobre las ideas de izquierda, el crecimiento económico era fácilmente observable y el reparto era algo que se veía como justo y necesario por parte de los trabajadores. Esa redistribución se traduce en un aumento o mejora de las condiciones salariales relacionándolas con los precios de los productos importados, sirviendo así de algún modo el consumismo extranjero para despertar de nuevo parte de esa conciencia obrera presionada durante el franquismo.

Otra de las demandas era la preservación tanto de las condiciones laborales como del propio puesto de trabajo en sí, llegando a veces a ser más importante para este tipo de movilización el mantener el puesto de trabajo que una mejora de los salarios.

Cabe destacar también la nueva conceptualización del movimiento obrero ya que este nuevo movimiento obrero iba más allá de la solidaridad. En esa nueva forma de concebir el movimiento, éste trataba de levantar al resto de trabajadores de las zonas

³⁶ Rafael DEL ÁGUILA: “La dinámica de la legitimidad en el discurso político de la transición” en Ramón COTARELO (compilador): *Transición política y consolidación democrática en España (1975-1986)*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992, pp. 47-75.

³⁷ Santos JULIÁ: “Orígenes sociales de la democracia en España” en Manuel REDERO SAN ROMÁN (ed.): *La transición a la democracia...*, pp. 165-188.

colindantes para extender la lucha contra la dictadura por todo el territorio. Se buscaba la lucha obrera combinándola y sirviéndose de los lazos de solidaridad, tanto aquellos ya usados previamente en la historia del movimiento obrero como la familia y los propios partidos como el sindicalismo clandestino y las organizaciones católicas ahora enfocadas hacia la defensa de los derechos humanos.

Aunque el PCE estuvo detrás de prácticamente todos estos movimientos, también se pueden rastrear individuos pertenecientes a otras formaciones de la oposición democrática como el PSOE. Respecto al PCE, presidido por la Pasionaria desde 1960 y con Carrillo como secretario general (ambos en el exilio, como toda la cúpula del partido), el camino era la unión contra la dictadura, ofreciendo presión ante ella mediante la movilización de la gente en la calle, aunque consiguiendo menos éxito en la unidad que buscaban.

Los partidos moderados de la oposición democrática veían a los comunistas como un grupo radical que se les podía ir de las manos, algo influido por el panorama global de la Guerra Fría. A esto se suman además las propias tensiones y fricciones internas derivadas de las políticas de la URSS (como la ruptura con China en 1963). Cabe destacar que sólo en Cataluña el PCE conseguiría llegar a una política unitaria con el resto de fuerzas democráticas.

El partido se vio perjudicado también por el encarcelamiento de numerosos de sus miembros como Jaime Ballesteros o Agustín Ibarrola de forma similar a Nicolás Sartorius por su pertenencia al Frente de Liberación Popular.

El PSOE, por otro lado, seguía una línea anticomunista y frente a todo lo que estuviese relacionado con el PCE, esto es, huelgas, manifestaciones, protestas, etc. Su cúpula también se encontraba en el exilio, donde se centró en constituir la Unión de Fuerzas Democráticas con Acción Nacionalista Vasca, Alianza Republicana Democrática Española, Izquierda Demócrata Cristiana, el PNV, STV y la UGT, proponiendo el retorno a un gobierno democrático mediante uno provisional de transición, rechazando a los falangistas y a los comunistas por totalitarios y formando en 1960 la Alianza Sindical con STV y CNT.

Respecto al PSOE en el interior de España se formó un ala en torno a Enrique Tierno Galván que sí que apostaba por colaborar con CC. OO. y por una política

unitaria antifranquista, incluyendo en esa política al PCE, algo que provocó malestar en la dirección exiliada. Esta tensión se acrecentó hasta 1970 cuando en el XI Congreso en Toulouse el nuevo ala joven del partido tomó las riendas de éste.

En el ámbito anarcosindical la CNT se veía muy debilitada tras la represión continuada sufrida durante la dictadura. A esto se añadió una incapacidad para comprender los cambios que se habían dado en la sociedad española a partir de los 60, lo que frenó una renovación en la militancia. Por otro lado, CC. OO. no dejaba de crecer en afiliados, consolidándose dentro de la organización el PCE y el PSUC, mientras que UGT seguía más afín al PSOE. Este nuevo sindicalismo se centró más en la creación y el impulso de obras sociales tales como vacaciones, viviendas o prestaciones sociales, fusionando esto con la movilización de las clases obreras, convirtiéndose en el principal representante de la clase trabajadora concienciada.

Intentando hacer un balance global de la conflictividad obrera se pueden estimar hasta 75.000 obreros militarizados tras la muerte de Franco. Respecto a las personas pertenecientes a la burocracia de los sindicatos, en octubre de 1978 la cifra oscila en torno a 30.000 personas.³⁸

Respecto al total de manifestaciones, las de tipo laboral o político-laboral representarían un 28,7% del total de las manifestaciones a nivel estatal entre 1976 y 1978, estando a la cabeza del total. A su vez, en ese total de manifestaciones el 22,6% de los asistentes protestaban contra el paro y la carestía de vida, el segundo grupo tras los manifestantes independentistas. Cabe destacar a su vez que el 21,4% de las manifestaciones españolas se sucedieron en Madrid, siendo sólo superadas por el 25,6% del País Vasco (cifra que si se descontaran las manifestaciones en base a peticiones territoriales sería menor).³⁹

Por último, la cifra de manifestaciones comienza a descender a partir de 1978, sólo respecto a 1977 se reducen en un 34,2% las protestas laborales y en un 20,9% las protestas por cuestiones económicas. Este descenso puede explicarse por una doble vía: por un lado, se encuentran las mejoras y avances que se fueron consiguiendo en España

³⁸ Javier TUSELL: *Historia de España en el siglo XX. 4. La transición democrática y el gobierno socialista*, Madrid, Taurus, 2007.

³⁹ Ignacio SÁNCHEZ CUENCA y Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: “Violencia política y movilización social en la Transición española” en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (Ed.): *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX...*, pp. 95-111.

respecto a las demandas de los asistentes a manifestaciones; por otro lado, cabría tener en cuenta el pacto entre PCE y PSOE de diciembre de 1977 de limitar la acción en la calle para mantener los Pactos de la Moncloa.⁴⁰

⁴⁰ Ignacio SÁNCHEZ CUENCA y Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ, *Ibid*, p. 95-111.

5. La nueva generación opositora al régimen: el movimiento estudiantil.

Como ya hemos señalado, en un principio la representación estudiantil estaba copada por el Sindicato Español Universitario (SEU), dependiente totalmente del gobierno. Esto será su maldición al intentar frenar la protesta desde dentro del propio movimiento estudiantil y al ser visto por el PCE como una herramienta a utilizar a partir de los años 60.

El aumento de la enseñanza superior llevó a su vez a educar más profundamente las mentes de los nuevos jóvenes estudiantes españoles, así como a facilitar la posibilidad de jóvenes de clases medias y bajas, creando a base de la masificación en las aulas el caldo de cultivo perfecto para el surgimiento de un movimiento estudiantil contrario al régimen. En su mayoría estos grupos, como la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), tenían estrechas relaciones con sectores de la oposición democrática, sobre todo con el PCE. Estos grupos estaban siendo instruidos por los comunistas para acceder al poder universitario desde dentro, mediante la marginación del SEU, copando así los puestos de representación estudiantil ocupados previamente por el Sindicato.

Las prerrogativas principales de estos jóvenes eran un sindicato de estudiantes libre (que se hizo clandestino para esquivar la censura franquista), la libertad de expresión en la docencia, amnistía tanto para profesores y estudiantes encarcelados como para el resto de presos políticos, la defensa de la democracia y la solidaridad con la lucha obrera, así como cambios en la sociedad, su cultura y sus formas de vida.

La trayectoria del SEU acabaría en 1965 con una gran protesta en la universidad de Madrid debido a un endurecimiento en las prohibiciones, estallando la revuelta al estar apoyada también por muchos profesores. Tras la represión de varias manifestaciones, el 5 de abril el SEU sería sustituido por las Asociaciones Profesionales de Estudiantes, si bien esto tuvo una mayor importancia en la creación de numerosos sindicatos independientes y explícitamente opuestos a la dictadura, destacando el caso barcelonés del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona, con unas 500 personas en el momento de su creación.

A pesar de este intento de apertura, el movimiento estudiantil acabó casi muriendo con la propia dictadura, resistiendo sólo algunos focos concretos debido a, por un lado,

la radicalización derivada de la politización de algunos sectores, y la consecuente represión hacia todo el movimiento, aunque se recuperó de forma paulatina en la fase final del régimen.

Mayo del 68 por otro lado dio un nuevo impulso al movimiento y, nuevamente en Barcelona, la universidad fue reprimida en 1969 al haber llegado incluso algunos de los estudiantes a lanzar un busto de Franco por la ventana. De forma simultánea en Madrid se detenía a Enrique Ruano por supuestamente entregar propaganda de CC. OO., emitiendo una nota la policía afirmando su supuesto suicidio sin permitir a la familia autopsia o ver el cuerpo, incrementándose las protestas y declarando el gobierno el estado de excepción durante tres meses.

Hay que señalar también el aumento de matriculados en el periodo de diez años que va del curso 1960-1961 al de 1970-1971, pasando de 76.00 matriculados a 215.000 respectivamente y a 383.000 en 1975⁴¹, lo que generó una mayor tensión en las aulas.

Las protestas se fueron relajando hasta 1972, cuando el movimiento estudiantil prácticamente ya no aparece tras las numerosas bajas de los jóvenes pertenecientes a organizaciones comunistas y revolucionarias. Cabe destacar por otro lado que desde ese mismo año se produce un pequeño cambio generacional con los llamados Profesores No Numerarios (PNNs), movilizándose por sus malas condiciones laborales en comparación con las de los numerarios, proviniendo la mayoría de los PNN de esas movilizaciones universitarias cuando eran más jóvenes.

Durante el curso 1975-1976 los PNNs llevarían a cabo una huelga que paralizó numerosas universidades, llegando el gobierno a clausurar cursos, como sucedió en el caso de Valladolid, medida que sirvió para aumentar aún más la tensión. Las principales demandas fueron por un lado las mejoras salariales ya mencionadas y por el otro un contrato de trabajo que les permitiese más libertad en la enseñanza, así como el acceso a los órganos de gobierno universitarios.

Por otro lado, las protestas estudiantiles destacan también en la llamada semana negra de la Transición, muriendo en Madrid el 23 de enero el estudiante Arturo Ruiz a manos de un pistolero de extrema derecha en una manifestación proamnistía. Al día siguiente, en la manifestación como protesta por ese asesinato también murió la

⁴¹ María Dolores de la CALLE, Manuel REDERO (eds.): *Movimientos sociales en la España...*p. 266.

estudiante María Luz Nájera, alumna de tercer curso de la facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, debido al impacto de un bote de humo lanzado por las Fuerzas de Orden Público a poca distancia, crispándose el ambiente social y político.

Buena parte de esta conflictividad estudiantil venía provocada cuando las autoridades entraban en las universidades, conceptuadas como “zonas de libertad”, espacios cuasi sagrados para los jóvenes, lugares donde podían trasgredir el orden franquista constantemente. Así, los carteles o pintadas de grupos y lemas antifranquistas eran totalmente comunes dentro de muchas de las universidades españolas, así como las asambleas (tanto académicas como políticas), actos culturales y la organización de manifestaciones. Por tanto, la entrada de la policía en las universidades se veía por parte de los estudiantes como otra intrusión más del régimen en un lugar que era “suyo”.

Por otro lado, para el propio Gobierno, las universidades eran un arma que le atacaba con un filo doble: si relajaban los permisos, la trasgresión se extendía como un virus entre los estudiantes y universidades; y si lo reprimían las protestas y conflictos violentos eran inevitables. El Gobierno por tanto era muy consciente del problema estudiantil, llegando a afirmar que, si bien sólo un 10% de los universitarios organizaba este tipo de protesta, llegaban a conseguir el apoyo del 90% restante.

Cabe destacar el apoyo de los estudiantes a las manifestaciones de corte laboral, político-laboral y por la represión policial.

Se puede decir bajo este análisis que, si bien el movimiento estudiantil no consiguió derrocar al régimen ni prácticamente ninguna de sus medidas, fue otra pieza clave en el proceso de erosión y deslegitimación de la dictadura. Por último, como señala Francisco Fernández Buey, este tipo de movimiento en las ciudades no industriales contribuiría a la difusión de las ideas democráticas a falta de partidos obreros que las diseminaran.

La tensión que se vivía era tal que incluso el propio Ministerio de Educación llegaba a tildar al 10% de los estudiantes y profesores de “activamente antifranquistas”.⁴²

⁴² Pere YSÀS: “La Transición española. Luces y sombras”, *Ayer*, 79 (2010), pp. 31-57.

6. Gritos en la escalera: la protesta vecinal.

El crecimiento exorbitado de las ciudades provocado por los cambios socioeconómicos afectó sobremanera a la conflictividad vecinal en los extrarradios poblados por las clases más bajas demandando necesidades primarias, sobre todo a partir de 1969 tras el estado de excepción declarado por el gobierno. Las peticiones suelen ser comunes en todas las ciudades y éstas giran en torno a mejoras de esos barrios más apartados y, por ende, más desfavorecidos, protestando por la falta de políticas sociales, la inversión en infraestructuras y una mejor ordenación del territorio. A esas peticiones se suman la legalización de algunas de las asociaciones y viviendas dignas a precios asequibles.

Entre esas demandas podemos encontrar problemas en la pavimentación, la llegada de suministros de agua y electricidad, hospitales o ambulatorios, alcantarillado, escuelas o transporte público. Bajo estas demandas los vecinos tomaron conciencia de que debían organizarse para conquistar esos derechos mínimos, plantando cara a los ayuntamientos franquistas reuniéndose en torno a asociaciones de vecinos.

El origen de estas asociaciones se mueve en torno a dos opciones más o menos claras (si bien coinciden las dos en numerosas ocasiones): la politización de núcleos concretos o la insostenibilidad de la situación. Mayoritariamente se mueven dentro de la legalidad franquista mediante cauces como cartas colectivas, escritos o entrevistas con las autoridades. Frente a esto, casi siempre buscando los recovecos o las lagunas de ese sistema legal, sobre todo con protestas silenciosas o pacíficas, muchas veces movidas por el boca a boca para evitar la represalia antes de la protesta.

Las asociaciones vecinales se fundamentan, según Manuel Castells⁴³, en tres puntos fundamentales que se repiten por todo el mapa franquista: eran abiertas a todos los vecinos; mantenían una defensa incesante de los intereses de los vecinos que las componían y por último estaban conectadas desde sus inicios con la lucha por la democracia al intentar legalizarse y aspirar a ser electivas para representar a sus barrios, surgiendo de ellas muchas de las personas que en 1979 serían las primeras elegidas de las corporaciones locales democráticas.

⁴³ Julio ARÓSTEGUI: "*La transición política y la construcción de la democracia (1975-1996)*" en Jesús A. MARTÍNEZ (coord.): *Historia de España...*, pp. 244-363.

El propio cuerpo policial con respecto a este movimiento llegó a afirmar que, junto con la protesta laboral, era la herramienta usada por los opositores a la dictadura para derrocarla, aunque usando de fondo problemas reales.

Dentro de la Iglesia, pilar fundamental del régimen franquista junto con el ejército, aparecieron los llamados “curas obreros” en multitud de estos barrios, un sector comandado por el cardenal Tarancón, presidente de la Conferencia Episcopal y arzobispo de Madrid, con una tendencia más moderada y aperturista que la del resto de la santa madre Iglesia.

Es muy importante también la Carta Pastoral de abril de 1975 “Sobre la reconciliación en la Iglesia y en la sociedad”, clamando por los derechos básicos de los españoles y por una nueva tanda de leyes que se adaptaran a los cambios producidos en la sociedad española, todo ello para conseguir la reconciliación necesaria por la Guerra Civil y los casi 40 años de dictadura. Entre las peticiones destacan nuevas formas jurídicas para las minorías o que los trabajadores pudiesen hacer uso de sus derechos y participar en el establecimiento de éstos y su defensa.

A ese grupo moderado se sumó otro más progresista en torno a asociaciones como Juventud Obrera Cristiana (JOC) y la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC). Este sector apostaba por la demanda de la democracia, así como la denuncia de las injusticias políticas y sociales que perpetraba el gobierno dictatorial, llegando a aparecer curas condenando torturas, colaborando con CC. OO. u otras organizaciones proamnistía o cediendo templos para el encierro de trabajadores al negarse los empresarios a que las asambleas se diesen en los centros de trabajo, como en el caso de la Iglesia de San Francisco de Asís de Vitoria en 1976.

En el caso madrileño, una de las zonas más activas, destaca en 1976 la Federación Provincial de Asociaciones de Vecinos, no legalizada y promotora de algunas de las manifestaciones más importantes. Es el caso de la protesta del 22 de junio en el centro de la ciudad con más de 60.000 personas pidiendo contra la carestía, la legalización de las Asociaciones y la amnistía de presos políticos. En el mismo año en Barcelona la Federación de Asociaciones de Vecinos, en lucha contra los Planes Parciales de varios barrios, encabezó también las manifestaciones proamnistía de los domingos 1 y 8 de febrero con un total de casi 80.000 personas.

Al año siguiente las protestas continuaron con las mismas peticiones, aglutinando de nuevo a decenas de miles de personas. En 1978 la Federación Provincial, ya legalizada, con el apoyo de sindicatos y partidos de izquierda conseguía movilizar a más de 100.000 personas en torno a la petición de viviendas dignas.

Es significativo también el caso de Sabadell y el de Barcelona, donde la presión del movimiento vecinal contra las respectivas alcaldías franquistas acabaría forzando la dimisión de ambos alcaldes.

Carme Molinero y Pere Ysàs ofrecen en sólo un par de líneas un resumen que describe perfectamente la evolución de este tipo de protestas:

«Su trayectoria podría resumirse señalando que empezaron reclamando semáforos o asistencia sanitaria y acabaron reivindicando ayuntamientos democráticos.»⁴⁴

Respecto a los datos ofrecidos por Ignacio Sánchez-Cuenca y Paloma Aguilar Fernández, del monto total de las manifestaciones entre 1976 y 1978 las de corte vecinal ocuparían un 12'6% del total.⁴⁵ Por otro lado, se contabilizan sólo en Madrid entre 1964 y 1978 la creación de más de 250 asociaciones, así como un total a nivel nacional de más de 5.000 en 1979.⁴⁶

⁴⁴ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: "Movimientos sociales y actitudes políticas en la crisis del franquismo", *Historia contemporánea*, 8 (1992), págs. 269-280.

⁴⁵ Ignacio SÁNCHEZ CUENCA y Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: "Violencia política y movilización social en la Transición española" en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (Ed.): *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX...*, pp. 95-111.

⁴⁶ Manuel Pérez Ledesma: "«Nuevos» y «viejos» movimientos sociales" en: Carme MOLINERO (ed.): *La Transición...*, pp. 117-151.

7. Las hijas y nietas de las rebeldes: la lucha feminista.

Al igual que en el resto de movimientos, la mayoría de los grupos de mujeres tenían una gran influencia del PCE, sirviéndoles esto en su propia organización y movilización interna.

Las demandas en este grupo son masivas tras una dictadura que involucionó completamente en las relaciones entre los dos géneros en favor de los hombres. Entre las peticiones están: el divorcio, el aborto, la libertad sexual, la protesta contra la represión femenina y la violencia de género, más dureza en los castigos a los violadores así como una redefinición legal de la violación (sólo se consideraba violación la penetración vaginal, excluyendo así cualquier otro tipo de abuso sexual, denominándolo abuso deshonesto), la liberación de maridos e hijos presos por parte de las llamadas mujeres de presos, la incorporación de las mujeres al trabajo en igualdad con los varones o el fin de la discriminación sexista. A su vez se encuentran peticiones comunes a otros grupos de protesta como la defensa de la democracia, la protesta contra la carestía y el apoyo a la lucha obrera y estudiantil.

La asociación de mujeres comenzó a definirse de forma clara a partir de los años 60, pero no en torno a las demandas estrictamente feministas. En realidad, en esos años las mujeres que comenzaron a agruparse lo hicieron en torno a las banderas en favor de la amnistía, teniendo la mayoría de ellas familiares encarcelados, y de la lucha obrera y democrática.

La fecha de los 60 no es cuestión baladí al ser el nacimiento del movimiento feminista simultáneo a los primeros resultados del Plan de Estabilización. Son clave en ello el aumento de escolarización y la mayor demanda de mano de obra, comenzando a organizarse en estos ámbitos las primeras feministas españolas.

En esta primera fase las vías de protesta mantienen la legalidad franquista o se acercan muy poco a la ilegalidad, dándose huelgas de hambre, encierros en iglesias o misivas a periódicos y altos cargos de la administración franquista. Por otro lado, también se da la existencia de folletos, periódicos clandestinos y charlas en voz alta entre dos o más activistas en lugares públicos como autobuses o parques para ser oídas por otras personas e interesarlas así por su causa.

Será en 1964 cuando nazca en Madrid la primera asociación autónoma de mujeres, el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), postulándose como la alternativa principal a la Sección Femenina del régimen. El principal objetivo de la recién creada asociación sería sensibilizar a las mujeres en las temáticas que les afectaban, tanto las políticas y sociales más generales (como la amnistía, la carestía, el alto coste de la vida o el paro) como aquellas temáticas femeninas (la discriminación o la violencia).

El MDM se iría introduciendo en las Asociaciones de Amas de Casa, controladas por la Sección Femenina, buscando así la vía legal para no ser reprimido ya en sus inicios, llegando a fundar dos años después de su creación un boletín mensual propio: *La Mujer y la Lucha*. Al MDM le corresponde también el primer documento nacional público en el que por primera vez se formulaban reivindicaciones para las mujeres y se condenaba la discriminación, bajo el título de *Por los derechos de la mujer española* fue enviado al Gobierno avalado por 1518 firmas.

Estas acciones del MDM llevarían a que en la segunda mitad de la década de los 60 las asociaciones feministas y las de Amas de Casa se multiplicaran por toda España, siendo clave este crecimiento en el inmediate futuro movimiento feminista español. En datos, sólo en Madrid las Asociaciones de Amas de Casa llegaban a 30 en 1970, presionando cada vez más al Gobierno⁴⁷.

Hay que sumar también en estos años el agrupamiento de mujeres provenientes de profesiones liberales que, posiblemente influidas por la difusión de textos feministas como *Segundo sexo* de Simone de Beauvoir o *La Mística de la feminidad* de Betty Friedan, comenzaron a formar asociaciones en base a sus trabajos. Destaca así en 1967 la Asociación Española de Mujeres Juristas que organiza el Congreso Internacional de la *Fédération Internationale des Femmes des Carrières Juridiques* y que en 1975 llegará incluso a intervenir con una comisión en la reforma del derecho familiar en las Cortes en 1975, llegando a eliminar la capacidad del marido de cobrar el sueldo de su esposa.

Respecto a la actividad en la lucha obrera, en 1973 en Morón de la Frontera un grupo de 200 trabajadoras denunciaban la inexistencia de contrato laboral y la precariedad en su salario. Tan sólo un año después en Bages (Barcelona) la Guardia

⁴⁷ Giuliana DI FEBBO: *Resistencia y movimiento de mujeres en España: 1936-1976*, Icaria, 1979.

Civil llegó a entrar en una fábrica en la que 500 trabajadoras textiles hacían huelga por el bajo salario, llegando a amenazar a las huelguistas con las armas para instarlas a volver al trabajo. Estos dos ejemplos ponen de manifiesto la situación de la mayoría de las trabajadoras, sobre todo del sector textil.

Cabe señalar por otro lado que, si bien en fechas anteriores prácticamente no se encuentran protestas contra la precariedad ya la explotación de las trabajadoras, la ex trabajadora textil y enlace sindical Antonia Gil señalaba esto en 1977:

«Sólo desde hace diez años las trabajadoras han empezado a luchar. Lo que no quiere decir que éstas antes no participaran en conflictos, sino que generalmente llevaban adelante reivindicaciones ligadas a la condición general de la dictadura que había en el país, y sólo más tarde han tomado conciencia de su situación laboral.»⁴⁸

En 1975 el MDM puso como objetivo principal las nuevas demandas provenientes del feminismo europeo y americano de los 60. Los nuevos planteamientos importados fueron sobre todo la lucha por el aborto y el divorcio, dos temas que serán muy tensamente tratados en los años finales de la Transición.

Este nuevo viraje es observable en hechos como las primeras Jornadas Nacionales para la Liberación de la Mujer del 6 al 8 de diciembre de 1975 (declarado por la ONU como Año Internacional de la Mujer) en un convento a las afueras de Madrid de manera clandestina. En estas Jornadas la consigna que más se repitió fue la de “unidad”, se pedía a las mujeres unidad sobre todo en torno a sus demandas más importantes, tanto las generales como las específicas de las mujeres: amnistía y libertades y la institución del divorcio, la despenalización del aborto o la reforma de leyes discriminatorias. Es a su vez en estas jornadas cuando se decide de forma unánime aceptar el término “feminismo” como descripción de su movimiento frente al uso y degradación que el régimen había hecho de éste.

También hay unanimidad en los puntos básicos del programa sobre las demandas a exigir a partir de ese momento: mayores oportunidades para las mujeres en el campo laboral sin brecha salarial, guarderías gratuitas, leyes igualitarias, coeducación y eliminación de enseñanzas exclusivamente femeninas, despenalización del aborto,

⁴⁸ Giuliana DI FEBO, *Ibid.*, p. 173.

centros profesionales mixtos, eliminación del adulterio como delito, ley de divorcio, mayor información y legalización de anticonceptivos, supresión de la doble moral y ña división de papeles en la familia, reconocimiento del Movimiento de Liberación de la Mujer como independiente de partidos y del Estado y amnistía general para detenidos y exiliados.

A su vez, nacían varios movimientos distintos como el ya nombrado Movimiento de Liberación de la Mujer, la Asociación Democrática de la Mujer, el Colectivo Feminista, el Frente de Liberación de la Mujer o la Asociación Universitaria para el estudio de la Mujer, así como asociaciones regionales en Galicia, País Vasco o Cataluña, destacando allí Mujeres Libres, buscando recuperar el anarquismo republicano.

Sólo un año después, el 27 de mayo de 1976, se inauguraban en el Aula Magna de la Universidad de Barcelona las Jornades Catalanes de la Dona con 2.000 mujeres y el doble en la cuarta jornada, clausurándose el 30 de mayo. Esto sucedía tras la manifestación en enero en Madrid de más de 4.000 personas contra la discriminación de la mujer o tras las 12.000 firmas contra el delito de adulterio femenino. Destaca Cataluña como lugar de la jornada al haber conseguido en 1936 el divorcio y el aborto libre y protegido gracias al Gobierno de la Generalitat.

Respecto a la brecha salarial, en 1976 se puede encontrar ya el documento Proyecto alternativo a la nueva Ley Sindical, elaborado por CC. OO., en el que ya se aboga por la igualdad entre sexos. También es reseñable en la Comisión Juvenil Obrera pidiendo la abolición de la desigualdad salarial.

Entre 1976 y 1977 destacan las manifestaciones en defensa al derecho de divorcio, llegando a usar formas de acción más modernas como sentadas o encadenamientos, así como boicots en mercados en protesta por el alto precio de los alimentos básicos, sobre todo del pan.

En 1976 las feministas madrileñas, ya separadas de las asociaciones de amas de casa para formar parte de la Plataforma de Organizaciones Feministas, organizó 2 importantes manifestaciones el 16 y 24 de noviembre con lemas tales como “Pro Derechos de la Mujer” o “Divorcio sí, Adulterio no”. Destaca a su vez el 12 de febrero en Vitoria la manifestación de las mujeres y madres de los huelguistas al estar muchos

de ellos encerrados o refugiados de la policía, trasladando a su boca las demandas de sus maridos e hijos.

El 8 de marzo de 1977, Día Internacional de la Mujer Trabajadora, destacará por ser el mayor punto de movilización femenina en la Transición Española. Con manifestaciones por toda España y bajo la consigna de “8 de marzo. Jornada Internacional de la Mujer Trabajadora: ni una mujer en la cárcel, ni una mujer sin trabajo” las manifestaciones tendrán en zonas como Bilbao, Barcelona o Madrid afluencia masiva.

Los dos años siguientes, el 13 de julio de 1977 y el 4 de mayo de 1978 habría manifestaciones masivas proabortistas y a favor de más información sobre los anticonceptivos.

Estas protestas conseguirían avances como la derogación del Código Penal de los artículos referentes al adulterio y amancebamiento, así como una revisión en los que castigaban la propaganda de los métodos anticonceptivos, todo ello antes incluso de la aprobación de la Constitución.

Es importante a su vez señalar la diferencia de distintas ramas dentro del feminismo español de forma similar al del resto del mundo. En un primer momento son destacables de forma clara dos enfoques sobre la problemática sufrida por el sexo femenino, el enfoque católico progresista liberal con grupos como el Seminario de Estudios Sociológicos de la Mujer (SESM) y mujeres como María Laffitte y Pérez del Pulgar, condesa de Campo Alange; y el enfoque socialista marxista con mujeres como María Aurèlia Capmany i Farnés y organizaciones como el MDM.

Las diferencias entre las dos posturas estriban sobre todo en la caracterización de la situación de las mujeres como grupo y en los medios para conseguir la emancipación de las mujeres. La postura liberal afirmaba que las mujeres eran un grupo discriminado y atrasado frente a la opresión observada por el enfoque marxista, en muchos casos una doble opresión debido a su condición de mujer y, si era el caso, debido a su clase obrera. Respecto a los medios para conseguir la emancipación, la liberal defiende la educación y una mayor incorporación al mercado de trabajo en una sociedad más democrática frente a la transformación de la sociedad hacia una sociedad socialista por

parte de la postura marxista, aunque aceptaba el paso a una sociedad como paso previo a la sociedad comunista.

También hay que recalcar divisiones dentro de las filas socialistas y comunistas sobre si crear o no asociaciones exclusivamente feministas al defender algunas mujeres que esto mantenía la discriminación o incluso la aumentaba.

En los 70 llegaría una nueva división al casi desaparecer la vía liberal, pero por haber surgido otra vía marxista mucho más radical, adoptando términos como el de patriarcado. Este feminismo radical criticaría tanto las políticas de derecha como las de izquierda considerando que mantenían el patriarcado y no hacían nada contra él, defendiendo así la militancia exclusiva en organizaciones feministas, criticando la afiliación a partidos, o sindicatos mixtos.

8. Otros tipos de protesta: el movimiento ecologista y antinuclear, la protesta pacífica y antimilitarista, el movimiento gay y el grupo de Minusválidos Unidos.

La primera de las asociaciones de este tipo, la Asociación Española para la Ordenación del Territorio y el Medio Ambiente (AEORMA) fue creada en 1970, dando lugar 4 años después a la primera reunión de ecologistas a nivel nacional. También en estos años se crea en 1976 la Asociación Ecologista para la Defensa de la Naturaleza (AEDENAT).

Entre las peticiones se observan obras para carriles bici, defensa de parques y jardines ya existentes, así como la creación de más zonas verdes, la lucha contra las crecientes contaminación y la polución y el freno a la energía nuclear.

Por otro lado, será sólo a partir de mediados de 1977 cuando en Madrid comiencen las movilizaciones., destacando el mes de mayo por la concentración de movilizaciones de este tipo, así como febrero del año siguiente.

Hay que destacar que, si bien los movimientos ecologistas comienzan a aparecer en la segunda mitad del siglo XX debido a la creciente importancia de los conflictos ambientales, en el caso de España son más tardíos, naciendo a principios-mediados de los años setenta y alcanzando su madurez a mediados de los ochenta-principios de los de los noventa.

Respecto a los datos, en el caso de las protestas antinucleares ocupan un 4% respecto al total de las manifestaciones entre 1976 y 1978⁴⁹, destacando sobre todo País Vasco y Navarra con la paralización de la central de Deba e Ispáster-Ea, así como la movilización contra la central de Lemóniz con 50.000 personas el 29 de agosto de 1976 y el 14 de julio de 1977 en Bilbao con casi 200.000 personas.

En la protesta pacifista hay que señalar que se pueden rastrear asociaciones católicas pacifistas ya en la década de los 60 como Pax Christi y Justicia y Paz. En 1975 el pacifismo aumenta con multitud de grupos, sobre todo en torno a Barcelona: Justícia y Pau, el Casal de la Pau o el Grup de Dones Pacifistes.

⁴⁹ Ignacio SÁNCHEZ CUENCA y Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: “Violencia política y movilización social en la Transición española” en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (Ed.): *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX...*, pp. 95-111.

Ya en los 70 destaca en la protesta antimilitarista el Movimiento de Objetores de Conciencia (MOC) creado en 1977 con el precedente del Grupo de Objetores de Conciencia del Estado Español (GOCE) de 1974. El 11 de enero de 1977 y los meses que siguieron se produjeron sentadas y encadenamientos frente al Ministerio del Ejército por la liberación de presos militares que en realidad eran objetores de conciencia, juzgados sin embargo bajo la ley militar, llegando a conseguir sus indultos.

Respecto al movimiento gay español, es muy importante la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social (LPRS) de 1970. La LPRS penalizaba las relaciones homosexuales, pudiendo ser sus participantes detenidos, juzgados e incluso internados en centros de rehabilitación de uno a cinco años. A esto se sumaba a su vez todo el estigma arrastrado desde los años del régimen.

Los primeros activistas conocían ya la revuelta homosexual de Stonewall de 1969 en Nueva York, comenzando a gestar redes clandestinas, reuniéndose en distintos lugares cada vez. En estas reuniones secretas se decidió mostrar una imagen positiva frente a ese estigma franquista que la LPRS perpetuaba legalmente, apoyándose por ejemplo en personajes históricos como Federico García Lorca o Jacinto Benavente.

Las demandas pasaban por la liberación sexual de todas las personas, igualdad con respecto al colectivo, amnistía para los presos y la derogación de la LPRS. También se buscaba mediante la colaboración de personajes reconocidos homosexuales españoles y de otros países una mayor visibilidad frente a un gran desconocimiento por parte de la mayoría de la población.

Destacan las protestas por la liberación de homosexuales detenidos, destacando las manifestaciones del 25 de junio (día del Orgullo Gay) en 1977 y 1978, consiguiendo la derogación de la ley represora de la homosexualidad. Destacan en este movimiento el Frente de Liberación Homosexual del Estado Español, el Front d' Alliberament Gai de Catalunya (FAGC) y el Frente de Liberación Homosexual de Castilla (FLHOC).

Por último, otro de los grupos que menos apariciones tiene en la bibliografía sería Minusválidos Unidos (MU), formado en 1976 por discapacitados físicos militantes de izquierda. Sus demandas giraban en torno a mejoras en su nivel de vida mediante decisiones políticas. Su forma de acción es diferente a la del resto de asociaciones: crear caos en el transporte público por su inadaptabilidad a personas discapacitadas, también

en discotecas, bares, etc. Si bien no era un grupo politizado de forma explícita, colaboraron con prácticamente todos los movimientos sociales mencionados en este trabajo, sobre todo apareciendo en las manifestaciones como muestra de solidaridad hacia los otros grupos.

9. Conclusiones.

A lo largo del trabajo ha podido verse tanto los cambios en la economía y la sociedad españolas, la crisis de la dictadura debido al inmovilismo tomado por bandera por ésta frente a las nuevas dinámicas y la movilización social derivada de toda esta suma, así como su desarrollo, sus demandas, conquistas y presiones hacia el régimen.

El Plan de Estabilización de 1959, tan ansiado y perseguido por los ministros tecnócratas del Opus Dei, logró solucionar los problemas económicos del país, sin embargo, se transformó a su vez en la primera gran grieta existente en la dictadura. Esa grieta no significó el derrumbe del régimen, afianzado ya tras 19 años de existencia, pero por ella fueron entrando a una España desencantada y sometida toda una serie de nuevas tendencias e ideologías procedentes del extranjero que hablaban de libertad y sobre todo de algo que no se veía en el país desde 1939 y en algunas zonas desde 1936 y que se convertiría en el objetivo primordial a conseguir por parte de las masas subyugadas: la democracia.

Todas estas nuevas ideas irían socavando la solidez de la dictadura de la misma forma que el agua erosiona y rompe las piedras al congelarse en sus grietas. Así, la población española despertó y se organizó de la misma forma que lo hacía antes de la Guerra Civil pero mirando al futuro, buscando emular a esa Europa democrática y libre que ahora se le aparecía ante sus ojos.

Esa nueva sociedad organizada comenzó a dar muestras de su potencia y alcance en los años 50, a veces incluso previamente a la aprobación del Plan de Estabilización, si bien se trató de casos tan aislados. La propia dictadura calificó esos actos como meras algaradas o alborotos, aunque su represión no fue leve a pesar de la baja consideración que el régimen tuvo de ellos. Esa estrategia de represión contra toda discordancia sería el camino a seguir por el gobierno durante todo el final de su recorrido, algo que no frenó a estos grupos opositores.

De esta forma, se hace claramente visible la importancia de estos movimientos sociales frente a la supuesta y exclusiva importancia del tan recordado papel llevado a cabo por las élites franquistas y de la oposición democrática. No significa esto que esas élites no cumplieran a su vez un papel fundamental, sino que este trabajo les resta la gran importancia que mayoritariamente les había otorgado parte de la historiografía en

estos 40 años. Su importancia deriva por tanto en derribar las barreras impuestas por Franco antes de su muerte en su intento de una sucesión dictatorial en Juan Carlos I.⁵⁰

Respecto a la masiva conflictividad del periodo, ésta hirió y debilitó a la dictadura hasta el punto de obligar al régimen a aumentar la represión de forma continuada. Ese aumento junto con el crecimiento económico desigualmente repartido, derivaron a su vez en un incremento y radicalización de la conflictividad y ello, a su vez, a más y mayores intentos de reprimirla por parte del gobierno, algo no aceptable en la Europa del momento al mostrar la ferocidad del régimen, imposibilitando así el continuismo previsto por el dictador y sus allegados.

A pesar de ello, las medidas tomadas tras la muerte de Franco no fueron suficientes para la numerosa población que exigía cambios más profundos en las calles, destacando así las movilizaciones de 1976, claves para el fracaso del proyecto dictatorial.⁵¹ En esta misma línea, los momentos más críticos de la Transición se dieron gracias a la movilización social, la cual acabó dando pie a los grandes hitos del periodo.

Entre esos momentos clave hay que señalar indiscutiblemente la destitución de Carlos Arias Navarro en julio del 76 tras la agitación de la primera mitad del año, destacando los sucesos de Vitoria; la legalización del PCE en abril de 1977 tras la matanza de los abogados de Atocha en enero de ese mismo año con su consecuente funeral organizado por el PCE; la derogación de la ley represora de la homosexualidad gracias a la actividad el movimiento gay o los cambios en la Constitución y en el Código Penal debido a las acciones emprendidas por el movimiento feminista.⁵²

Una mención especial requieren, a mi parecer, los jóvenes estudiantes movilizados. Su presencia en las movilizaciones es constante, no sólo en las protestas estudiantiles sino de todo tipo. Los jóvenes universitarios actuaron así como la savia nueva que reactivó el tronco casi podrido de la cultura democrática española por culpa de la opresión de la dictadura hacia las generaciones que les precedieron: las de sus padres y abuelos que casi podían seguir oyendo las balas de la Guerra Civil.

⁵⁰ Santos JULIÁ: “Cosas que de la Transición se cuentan”, *Ayer*, 79 (2010), pp. 297-319.

⁵¹ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: “Movimientos sociales y actitudes políticas en la crisis del franquismo”, *Historia contemporánea*, 8 (1992), págs. 269-280.

⁵² Víctor PÉREZ DÍAZ: *La primacía de la sociedad civil: El proceso de formación de la España democrática*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, p. 51; y Nicolás SARTORIUS y Alberto SABIO: *El final de la dictadura: los meses que cambiaron la historia de España (noviembre 1975-junio 1977)*, Madrid, Temas de hoy, 2007, p. 16.

Al no haber vivido esta nueva generación la guerra y al estar influenciados por el mayo del 68, los jóvenes no seguían tanto sus intereses particulares sino las causas colectivas de la oposición democrática, rompiendo de este modo con sus generaciones previas y prácticamente expulsándolas del poder, dirigiendo más tarde la política española tanto en la izquierda como en la derecha a partir de mediados de los años 80.⁵³

Por último y volviendo al papel de la dictadura y su estrategia de aumento de la represión, ésta fue derrotada por la participación masiva en las movilizaciones, dejando así al régimen incapaz de controlar las calles y por tanto el orden público, contradiciendo de esta manera a la famosa frase de Fraga y su supuesto monopolio de las calles españolas.

Por tanto, la Transición a la democracia no puede entenderse sin la crisis del régimen y esa crisis no puede explicarse sin el paralelo aumento de la movilización social contra la dictadura y la incapacidad de ésta para impedir su contagio entre la gran mayoría de la sociedad española.⁵⁴

Por último, hay que señalar que la Transición no es fruto de la acción exclusiva ni de los movimientos sociales ni de la dictadura, sino que ambos interactúan. Si el régimen no hubiese cedido habría sido casi imposible la recuperación del control del Estado al tener que haber aumentado aún más los niveles de represión, algo que no habría sido muy bien recibido en la Europa democrática de los años 80.

Ese punto débil, puesto de manifiesto ya desde los años 60, acabaría significando el fin de casi 40 años de dictadura y, si no hubiese sido en el 77, habría sido tarde o temprano debido a la imposibilidad de mantener una fuerte y constante represión a largo plazo contra los movimientos sociales en las calles.

Los movimientos sociales fueron conscientes de estos problemas por parte del régimen y aprovecharon esas debilidades usándolas a su favor para alcanzar sus demandas y sobre todo la ansiada democracia después de 40 años de dictadura.

⁵³ Santiago GONZÁLEZ GÓMEZ: “Movimientos ciudadanos y cultura democrática (1962-1975)”, en de la CALLE, María Dolores y REDERO, Manuel (eds.): *Movimientos sociales en la España del siglo XX*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2008, pp. 249-270.

⁵⁴ Pere YSÀS: *Disidencia y subversión: la lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004, p. 211.

Para finalizar me gustaría destacar que la dictadura no supo adaptarse a los cambios a los que ella misma se había abierto. La solución de un régimen férreo ya no era una opción a partir de 1975 pero aun así el gobierno intentó llevar a cabo esa vía para lograr una “transición desde arriba”, sin embargo:

«Tanta represión y durante tanto tiempo era inaceptable en Europa, así que los que protestaban sólo tenían que seguir haciéndolo para al final ganar, mientras que si cesaban de hacerlo, existía la posibilidad de acabar teniendo una democracia semiautoritaria.»⁵⁵

⁵⁵ Mónica THRELFALL: “Una reevaluación del papel de las organizaciones de la sociedad civil en la Transición.”, en GÓMEZ BRAVO, Gutmaro (ed.): *Conflicto y consenso en la transición española*, Madrid, Pablo Iglesias, 2009, pp. 155-196.

10. Bibliografía consultada.

- Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: “La amnesia y la memoria: las movilizaciones por la amnistía en la transición a la democracia”, en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, 1997, pp. 327-357.
- José ÁLVAREZ JUNCO: “Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista”, en LARAÑA, E. y GUSFIELD, J. (eds.): *Los nuevos movimientos sociales*, CIS, Madrid, 1994, pp. 13-42.
- Anna CABALLÉ: *El feminismo en España. La lenta conquista de un derecho*, Madrid, Cátedra, 2013.
- María Dolores de la CALLE, Manuel REDERO (eds.): *Movimientos sociales en la España del siglo XX*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2008.
- Albert CARRERAS y Xavier TAFUNELL: *Historia económica de la España Contemporánea (1789-2009)*, Barcelona, Crítica, 2014.
- José CASANOVA: “Modernización y democratización: reflexiones sobre la transición española a la democracia”, en CARNERO I ARBAT, Teresa (ed. lit.): *Modernización, desarrollo político y cambio social*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, pp. 235-276.
- Julián CASANOVA (coord.): *40 años con Franco*, Madrid, Crítica, 2015.
- Julián CASANOVA y Carlos GIL ANDRÉS: *Historia de España en el s. XX*, Madrid, Ariel, 2009.
- Ramón COTARELO (compilador): *Transición política y consolidación democrática en España (1975-1986)*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1992.
- Giuliana DI FEBBO: *Resistencia y movimiento de mujeres en España: 1936-1976*, Icaria, 1979.
- Xavier DOMÈNECH: “La formación de la clase obrera bajo el franquismo. Nuevos debates”, *Ayer*, 79 (2010), pp. 283-296.
- Pilar ESCARIO; Inés ALBERDI y Ana LÓPEZ-ACOTTO: *Lo personal es político. El movimiento feminista en la transición*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer, 1996.
- M^a Jesús FUNES y Ramón ADELL (eds.): *Movimientos sociales: cambio social y participación*, Colección Varia. UNED, 2003.

- Ferrán GALLEGO: *El mito de la transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*, Barcelona, Crítica, 2008.
- Gutmaro GÓMEZ BRAVO (ed.): *Conflicto y consenso en la transición española*, Madrid, Pablo Iglesias, 2009.
- Elena GRAU: “De la emancipación a la liberación y la valoración de la diferencia. El movimiento de mujeres en el Estado español, 1965-1990”, en DUBY, G. y PERROT, M.: *Historia de las Mujeres. El siglo XX*, Madrid, Taurus, 1993, pp. 673-683.
- Santos JULIÁ: “Cosas que de la Transición se cuentan”, *Ayer*, 79 (2010), pp. 297-319.
- José Antonio LABORDETA: *Banderas rotas. Cuasimemorias*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2001.
- José Carlos MAINER y Santos JULIÁ: *El aprendizaje de la libertad 1973-1986: la cultura de la transición*, Madrid, Alianza Editorial, 2000.
- Irene MARTÍN CORTÉS: Significados y orígenes del interés por la política en dos nuevas democracias: España y Grecia, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Madrid, 2004.
- Jesús A. MARTÍNEZ (coord.): *Historia de España. Siglo XX. 1939-1996*, Madrid, Cátedra, 1999.
- Carme MOLINERO (ed.): *La Transición, treinta años después*, Barcelona, Península, 2006.
- Carme MOLINERO y Pere YSÀS: “Movimientos sociales y actitudes políticas en la crisis del franquismo”, *Historia contemporánea*, 8 (1992), págs. 269-280.
- Juan Carlos MONEDERO: *La Transición contada a nuestros padres: nocturno de la democracia española*, Madrid, La Catarata, 2013.
- Juan Luis PANIAGUA SOTO y Juan Carlos MONEDERO (Eds.): *En torno a la democracia en España. Temas abiertos del sistema político español*, Madrid, Editorial Tecnos, 1999.
- Gonzalo PASAMAR: “¿Cómo nos han contado la Transición? Política, memoria e historiografía (1978-1996)”, *Ayer*, 99 (2015), pp. 225-249.
- Víctor PÉREZ DÍAZ: *La primacía de la sociedad civil: El proceso de formación de la España democrática*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.

- Paul PRESTON: *España en crisis: evolución y decadencia del régimen de Franco*, Madrid, S.L. Fondo de cultura económica de España, 1978.
- Rafael QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ (ed.): *La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011.
- Manuel REDERO SAN ROMÁN: “La movilización obrera y estudiantil en el franquismo y la democracia (1962-1986), en José María ORTIZ DE ORRUÑO, Javier UGARTE y Antonio RIVERA (coords.): *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Abada, 2008.
- Manuel REDERO SAN ROMÁN (ed.): *La transición a la democracia en España*, Madrid, Marcial Pons, 1996.
- Ignacio SÁNCHEZ CUENCA y Paloma AGUILAR FERNÁNDEZ: “Violencia política y movilización social en la Transición española” en Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (Ed.): *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX: Europa del Sur-América Latina*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009, pp. 95-111.
- Nicolás SARTORIUS y Alberto SABIO: *El final de la dictadura: los meses que cambiaron la historia de España (noviembre 1975-junio 1977)*, Madrid, Temas de hoy, 2007.
- José Félix TEZANOS, Ramón COTARELO y Andrés DE BLAS (eds.): *La transición democrática española*, Madrid, Sistema, 1989.
- Javier TUSELL: *Historia de España en el siglo XX. 4. La transición democrática y el gobierno socialista*, Madrid, Taurus, 2007.
- Pere YSÀS: *Disidencia y subversión: la lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004.
- Pere YSÀS: “La Transición española. Luces y sombras”, *Ayer*, 79 (2010), pp. 31-57.